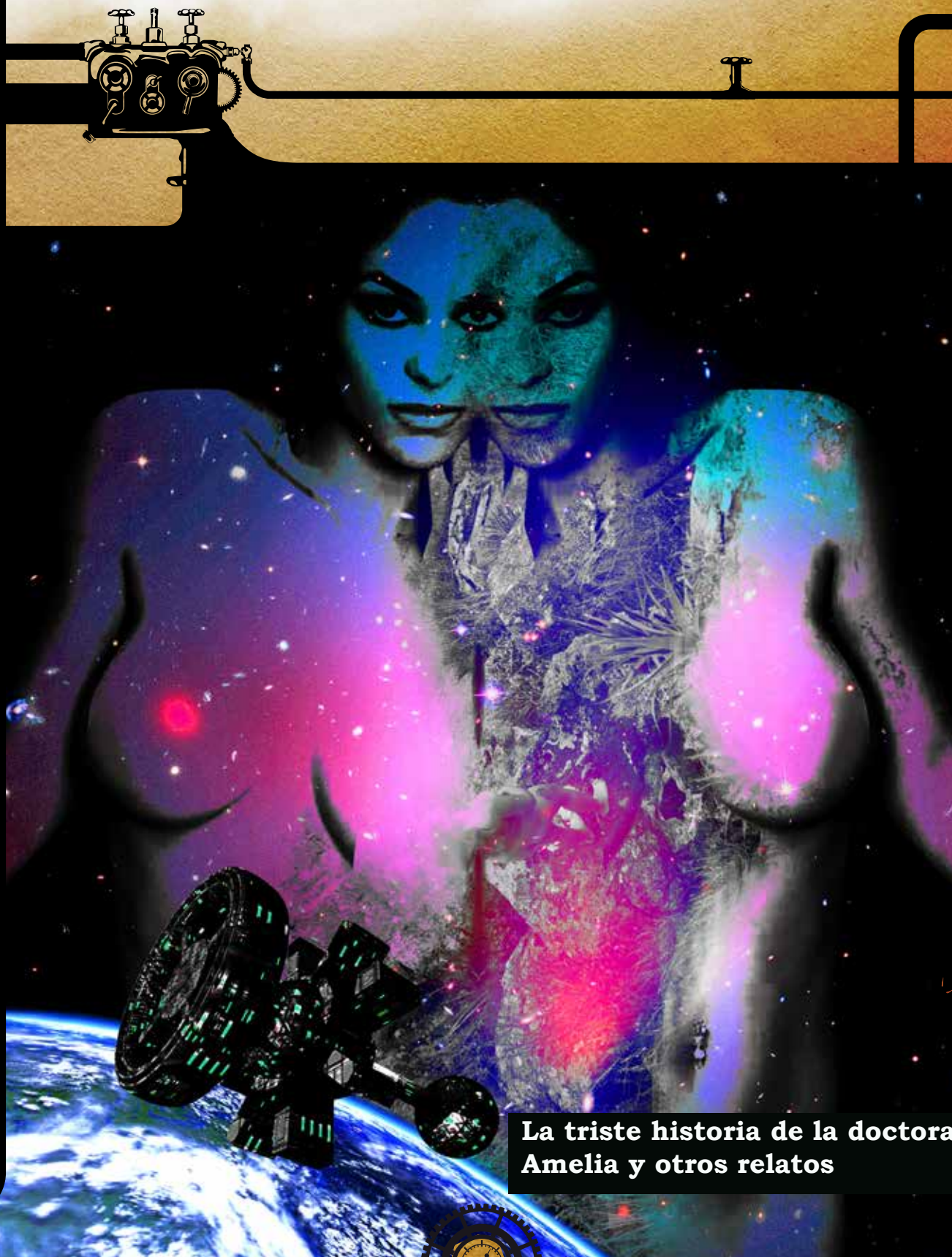


Octubre 2015, Nro. 2
Distribución gratuita



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror



**La triste historia de la doctora
Amelia y otros relatos**





Créditos



© 2015 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2015 Daniel Salvo, Luis Eugenio Panza, Pedro López, Falco Rivera, Julio Cevalco y Tony Jim

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Comité Editorial: **Hans Rothgiesser, José Güich Rodríguez, Daniel Salvo, Carlos de la Torre Paredes, Christian Campos Alvarado y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Ilustraciones: **Luis Morocho (p. 39), Gerardo Espinoza (p. 26), Pablo Malásquez (p. 34), Ailyn Alfaro (p. 36) y Kely Alfaro (p. 43)**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 2: **Octubre del 2015**

ISSN: **En trámite**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: relatos@acuedi.org

facebook.com/relatosincreibles



Autores



Daniel Salvo

(Ica, 1967) Desde el año 2002, publica la página electrónica “Ciencia Ficción Perú”. Edita la columna “Mundos imaginarios” en el Diario Oficial El Peruano. Su volumen de cuentos “El primer peruano en el espacio” fue publicado en 2014 por la editorial Altazor.



Luis Eugenio Panza

(Buenos Aires, 1983) Profesor de Inglés graduado del ISP Joaquín V. González (Buenos Aires), y estudiante avanzado de Bibliotecología en el ISFDyT nro. 8 (La Plata). Actualmente dicta clases de inglés particulares y en escuelas primarias del Estado, en Buenos Aires.



Pedro López M.

(Murcia, 1977) Ingeniero informático, montador, guionista y, sobre todo, un cuentista. Ha participado en numerosas antologías de fantasía, ciencia ficción y terror durante los últimos años. Tiene un blog llamado “Cree lo que quieras”.



Falco Rivera

(Lima, 1969) Fotógrafo y profesor de Fotografía. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Actualmente es Editor Fotográfico de la revista automovilística Ruedas&Tuercas. También ha escrito artículos de cultura popular para distintas revistas.



Julio Cevasco

(Lima, 1985) Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania y es corrector de la revista de narratología Pluma en Acción.



Tony Jim

(Santa Coloma de Gramenet, Barcelona, 1976) Licenciado en Historia por la Universidad de Barcelona. Su primera obra publicada es “Relatos del piloto Jim” (2006) y en este año 2015 ha publicado “Incordié al piloto Jim”. Tiene un blog en tonyjimjr.com

Índice



Cartas de lectores.....	05
Editorial.....	07
Fruto del azar.....	08
Nunca más, madre.....	12
La carretera oscura.....	24
Entretenimiento.....	31
El martes volvemos a casa.....	35
La triste historia de la doctora Amelia.....	37
Muro de honor.....	42
La malcriada de Relatos Increíbles.....	43



Cartas de lectores



Sergio González Venezuela

Leí el primer número y me dió muy buena impresión. Espero que sigan prosperando con su revista. Intentaré mandar otros trabajos en lo sucesivo.

Estimado Sergio, gracias por los buenos deseos. Te comento que a finales de este año abriremos una nueva convocatoria para recibir cuentos. Espero que puedas participar de ella y que en el futuro próximo podamos publicar cuentos tuyos.

Yulia Huamán Lencinas Perú

Me imagino que ha sido una tarea ardua la que han llevado a cabo para la publicación de esta revista digital. Me imagino que este gran reto ha demandado sus mejores ideas, palabras y acciones. Me imagino que cuando uno entiende la finalidad de la obra, cuando es consiente de su efecto en las demás personas y lo que generará, cualquier esfuerzo “sobrehumano” vale la pena; dejar de lado la inercia del cuerpo, el cansancio, el agotamiento físico, energético, emocional o mental para lograr nuestros propósitos es de “héroes cotidianos”, que se esfuerzan día a día en mejorar su vida y la de su entorno.

Estimada Yulia, nos han emocionado tus palabras. Efectivamente el sacar adelante esta revista implica mucho esfuerzo y dedicación, pero lo hacemos

con gusto. Mensajes como los tuyos son los que nos permiten seguir adelante. Te podemos confesar que nuestro propósito mayor con esta revista es incentivar la lectura y promover nuevos valores, como es tu caso. Pronto veremos tu cuento en estas páginas.

Fernando Ramos España

Debo decirles que me ha molido mucho este primer número y espero con ansias los siguientes. El cuento de portada me ha flipado totalmente. Me ha encantado el personaje y la posibilidad de que exista una continuación del relato.

Estimado Fernando, estamos de acuerdo contigo en que el primer número ha resultado increíble, como el nombre de nuestra revista. Nosotros también esperamos que Miguel Huertas, el autor del relato, se anime por hacer una continuación. Solo el tiempo lo dirá.

Mariano Galván México

Me ha encantado la portada de la revista, con un toque tétrico que llama la atención. El cuento “Servicio de medianoche” me ha parecido fabuloso. No me esperaba para nada ese final. Espero ver pronto cuentos de autores mexicanos.

Estimado Mariano, te podemos adelantar que si te ha gustado la

primera portada, la portada de este número te emocionará hasta las lágrimas. En cuanto a los cuentos de autores mexicanos, te puedo adelantar que en el cuarto número vamos a tener a dos de ellos.

Sandra Medve Argentina

“Moderador” me ha parecido un cuento muy real, que muestra la manera como nos relacionamos con las redes sociales. Me parece un poco espeluznante eso, que al final alguien pueda manipular la manera como percibes el mundo.

Estimada Sandra, coincidimos contigo sobre el cuento de Miguel Ccasani. A veces creemos que lo único que existe es lo que aparece en las redes sociales y no es así. Hay toda una realidad a nuestro alrededor que se encuentra invisibilizada. Por eso, recomendamos siempre beber un poco de esa realidad, que además nos permite nutrirnos de historias que luego podemos convertir en cuentos o novelas.

Pedro Sánchez Perú

¿Cuándo sale oficialmente la nueva convocatoria para enviar cuentos para su revista?

Estimado Pedro, la convocatoria se realizará de aquí a unos meses. Un poco de paciencia, por favor.

La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 1 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



Editorial



Hace poco, tras la primera sesión del II Congreso Internacional de Literatura Fantástica organizado en el Instituto Raúl Porras Barrenechea de Miraflores, uno de los escritores asistentes comentó algo que me pareció muy cierto: este tipo de eventos sirven para que uno no se sienta tan solo. En gran medida, es verdad. De hecho, esta revista quiere construir una comunidad de lectores y escritores, es decir, de todos aquellos que amamos estos géneros, para conformar un espacio en donde lo imposible sea una realidad.

El primer número ha sido la primera piedra de esa construcción. Ahora, conviene aclarar que la mejor ficción fantástica no pretende ser un escape de la realidad. No se trata, de ninguna manera, de una literatura que reniega del contexto y los problemas que nos rodean. El cuento de Daniel Salvo, que le da vida a la portada de este número, es un perfecto ejemplo de ello. Se trata, entonces, de una literatura que cuestiona y se interrelaciona con la realidad desde una mirada distinta, en donde los elementos fantásticos, de terror y de ciencia ficción sirven de acompañamiento a nuestras preocupaciones presentes.

En ese sentido, el cuento de Luis Eugenio Panza es una crítica feroz hacia los medios de comunicación que recurren constantemente al morbo. Pedro López y Daniel Salvo nos presentan la imperiosa necesidad del ser humano de sentirse acompañado; mientras Tony Jim recrea una situación imposible, en donde prima la necesidad por sobrevivir y la esperanza. En cambio, Falco Rivera y Julio Cevasco colocan a nuestra humanidad en los límites más insospechados, donde se pierde incluso lo que nos hace humanos.

Debo señalar que la recepción del primer número de la revista ha sido bastante exitosa. En las dos plataformas que estamos utilizando, la Biblioteca Digital ACUEDI e ISSU, hemos obtenido 836 descargas hasta la fecha. La mayoría de ellas se han realizado mediante nuestro enlace de descarga directa, por eso, nuestro contador no las registra. Además, tenemos 2,888 visualizaciones en nuestra biblioteca, con lo cual nuestra revista se ha convertido rápidamente en uno de los veinte textos más consultados de los más de nueve mil que tenemos, todo esto sin contar las varias reseñas que ha obtenido nuestro primer número.

Espero, finalmente, que nuestro público actual, que parece concentrarse en cuatro países (Perú, España, México y Argentina), siga creciendo con el tiempo y sean miles nuestros lectores.

Quiero agradecer especialmente a nuestros primeros dos auspiciadores individuales de la revista, cuyos nombres aparecen en este número en el Muro de honor: Manuel Arboccó y Jovi Huerto Vizcarra. Espero que más personas se animen a apoyarnos y les sigan sus pasos.

Gracias por leernos,

Héctor Huerto Vizcarra
Director



Fruto del azar

Por: Pedro López Manzano





Érase una vez una mujer que se había olvidado de lo que se sentía al ser amada. No es que fuera desagradable o fea, ni mucho menos; sencillamente había tenido mala suerte con los hombres que había conocido, sin ningún motivo para ello (esas cosas pasaban entonces y siguen pasando ahora). Había saltado de una relación tempestuosa hacia otra intempestiva como la balsa que baja zigzagueando por los rápidos del río, golpeándose en una roca saliente sin quejarse para pasar a otra, y que a primera vista ya no se sabe si tiene pérdidas de aire y está abocada al hundimiento en cualquier momento.

A causa de esta poderosa razón era considerablemente infeliz. Se sentía desdichada y hasta ella notaba que su carácter extrovertido y dulce por naturaleza se estaba transformando en taciturno. Ya llevaba un tiempo sin tener pareja ni buscarla y le había encontrado cierto encanto (resignado encanto) a pasar largos ratos con la única compañía de sus propios pensamientos.

Había hallado un lugar privado, un pequeño remanso de paz e intimidad en un banco justo en el medio de un puente al que la gente no solía ir (pues el puente era muy largo, no llevaba a ningún lugar importante y nadie tenía ganas de caminar hasta allí tan solo para sentarse un rato y después tener que regresar). Tan solo alguno que otro deportista corriendo solitario, concentrado en su respiración, o el sonido de algún coche a su espalda, al que ya estaba acostumbrada, le ponían un poco de picante al sabor de su tranquilidad dulce en el banco del puente. Pero si en algún momento la molestaban, tan solo tenía que dar unos pasos hasta la sólida baranda del puente y observar el agua del río bajo ella en su relajante discurrir, un centenar de metros más abajo. Esa agua le daba paz y olvido.

Mas a pesar de su lugar privado, se sentía muy sola, y pasado un rato acababa desandando el camino del puente y volviendo al hormiguero de la ciudad.

Aquella tarde se sentía especialmente afligida; el mal tiempo la ponía de mal humor y aunque no llovía, soplaba un viento fuerte harto desagradable y el cielo se había encapotado de nubarrones negros, bajos y nerviosos. Así que, armada con gabardina y paraguas por lo que pudiera ocurrir, dio un largo paseo hasta su banco y se desplomó sobre él. Sin embargo, el ulular del viento la hacía sentirse inquieta, por lo que pronto se levantó y se acercó a contemplar el río alentador. Bajaba oscuro, crecido y revuelto. Le torció el gesto, igual que el río se lo torcía a ella.

El torrente de agua que a veces la llamaba sedante, ahora no era sino un lodazal furioso y desagradable. Entonces vio algo por el rabillo del ojo entrando en su campo visual. Giró levemente la cabeza, miró, y volvió a mirar porque no se lo creía. Como a diez metros del suelo, girando como una peonza, una moto daba vueltas en el aire, con su piloto incluido, quien con la mandíbula desencajada por el pavor, trataba de manipular el manillar, como si fuera a servirle de algo. Moto y conductor volaron hacia el río, aullando el motor de la una y la garganta del otro a la par. Entonces el suelo empezó a temblar bajo sus pies (o con mayor precisión, entonces le prestó atención al temblor que ya duraba unos minutos). Se volvió sobre sus propios talones y comprendió lo que estaba ocurriendo.

Los cables de acero del puente se soltaban pegando latigazos metálicos. El asfalto se levantaba y los pocos coches que habían estado circulando por la carretera giraban sobre sí mismos estrellándose unos contra otros o contra los laterales de hormigón del puente, quedando destrozados. Algunos eran levantados un par de metros del suelo para ser lanzados a uno u otro lado tras dar unas vueltas con sus ocupantes interpretando con fidelidad a la colada en pleno centrifugado. Y es que aquí y allá lenguas de tornado que súbitas aparecían y se disolvían besaban la tierra con ímpetu. En ese instante, la mujer triste (que ahora era la mujer aterrada) vio cómo los hilillos violentos se unían a un tornado enorme que, unido por una espiral kilométrica con el cielo iracundo, avanzaba por el puente succionando y destruyéndolo todo.

Ella corrió en dirección contraria tan rápido como pudo, más de lo que lo había hecho jamás. Fue, a todas luces, insuficiente. El tornado le pasó por encima. Y desapareció.

Érase una vez (se trataba la misma vez que la anteriormente expuesta, pues si no, no tendríamos cuento) un hombre que se había olvidado de lo que era querer. No se trataba de ningún canalla, incluso hace unos años lo había hecho sin condiciones y no se arrepentía de ello. Tan solo se daba la casualidad de que este hombre llevaba mucho tiempo sin amar a nadie, tanto que ya no se hacía planteamientos de ninguna índole a ese respecto. En realidad era bastante buen tipo, honrado y justo y aunque a veces echaba algo en falta, no lograba darse cuenta de cuál era exactamente ese vacío que notaba.

Ahora llevaba una vida sencilla fuera de la ciudad. Cuidando de unas pocas cabezas de ganado y cultivando otras hectáreas de hortalizas como asalariado. No es que no fuera capaz de realizar otro trabajo más cosmopolita, sencillamente era el estilo de trabajo que le apetecía en ese momento de su vida (porque este hombre era del extraño tipo de los que se atreven a hacer lo que les apetece, siempre y cuando no dañen a nadie en el intento).

Aquella tarde acababa de descargar un camión en medio de un campo. El heno se apilaba en un montón de balas justo en el centro. Su trabajo ahora consistiría en mover las balas una a una, atándolas con el tractor para distribuir las por todo el terreno, logrando así que el ganado no se apiñara demasiado a la hora de comer. Era un buen trabajo: físico, cansado y sobre todo sin demasiadas complicaciones; acabaría exhausto y espantando esa extraña melancolía que otra vez se le estaba agarrando a la boca del estómago. Trabajo fácil, aunque estuviera empezando a amenazar tormenta, cortesía de unos nubarrones negros que empezaban a amontonarse acompañados de unas buenas ventoleras; esto resultaba inesperado para el hombre, que había estudiado el parte meteorológico. Quizá fuera mejor meter primero las reses en los establos, por lo que pudiera pasar.

Se puso a discutir consigo mismo la mejor estrategia a seguir ante las inclemencias del tiempo, pero todas sus elucubraciones se vinieron abajo cuando vio pasar volando una vaca, mugiendo como una posesa a diez metros (la imagen le sonaba vagamente de una película, pero trató de no recordarla y centrarse en sí mismo, por aquello de la supervivencia). El hombre había vivido otros tornados, pero ninguno se había formado tan inesperada y súbitamente como este. Con rapidez miró a su alrededor y descubrió como una beligerante espiral de viento se iba haciendo cada vez más consistente, cogiendo carrerilla hacia él. Como si le fuera la vida en ello (quizá porque se le iba), se arrojó rodando bajo el tractor (decidió que si el tornado tenía los arrestos de llevarse adelante diez toneladas de maquinaria, bien se merecía llevarse a él también).

Se situó como pudo debajo del motor a la sazón que todo empezaba a vibrar. La masa de metal temblequeó con severidad y todo el barro seco adherido a los bajos salió disparado volando. El hombre se aferró con los dos brazos a la tapa de acero que tenía sobre su cabeza apretando tanto los dientes, que le dolieron. Una de sus zapatillas salió del pie succionada con fuerza. Y, tan de repente como llegara, el tornado pasó y siguió su camino. Desde su posición, conteniendo la respiración, se quedó mirándolo en su senda de destrucción hacia el centro del campo. Varias balas de heno fueron absorbidas, y entonces contempló algo que en ese momento no supo si era cierto o no. Durante un abrir y cerrar de ojos (en realidad mucho menos, más bien la parte proporcional a una sola pestaña dentro del parpadeo), le dio la impresión de que mientras el tornado tocaba de refilón el montón de heno, arrojaba algo al mismo, casi lo depositaba allí.

Y tan rápido como el pandemónium se había montado, se desmontó. El cono del tornado se perdió de vista tras una colina y el viento furioso se transformó en brisa (aunque no salió el arco iris ni cantaron los pajaritos).

El hombre salió de debajo del tractor, comprobando para su sorpresa que seguía vivo, aunque descalzo de un pie. Sin saber el porqué, dirigió sus tambaleantes pasos al centro del campo, donde para su sorpresa (segunda sorpresa), vio a una mujer (a la mujer de *Érase una vez una mujer*), en medio del montón de balas de heno que quedaban. Para su sorpresa (la tercera y última), viva, en pie y mirándole (estaba llena de cortes y magulladuras, pero teniendo en cuenta que había viajado decenas de kilómetros dando vueltas justo en medio de un tornado, tenía un aspecto inmejorable).

El hombre le acercó la mano a la cabeza, quitándole algo de entre los cabellos y acariciándole la mejilla de paso.

—Se te había enredado un poco de heno en el pelo —susurró, y ambos sonrieron, echándose a llorar de nerviosismo a continuación como dos bebés, pero sin poder parar de reírse.

Así es como la mujer que no recordaba lo que era ser amada y el hombre que se había olvidado de lo que era querer se conocieron. Quizá podría incluirse también en esta historia cómo volvieron a traer a la memoria lo que a esta se le había perdido, pero eso es algo que quedará para ellos, y que seguramente será parecido a lo que unos pocos hayáis vivido y la mayoría soñado, así que aunque sea una historia más agradable, no es tan extraordinaria, con lo que es mejor contar solo el cómo se conocieron y que si os place os imaginéis lo que vino después.

Y así llegamos al final de este cuento. No fueron felices siempre, pues tuvieron sus más y sus menos y en ocasiones discutían, pero sí que estuvieron más próximos a la felicidad que la ma-

yoría, y a decir verdad esto es algo que no se lo salta un galgo (a no ser que sea un galgo muy listo capaz de saltar conceptos). Tampoco comieron perdices, pues a ninguno de los dos le gustaban, pero comieron todos los días, y no es este un hecho a tomar a la ligera.

Y cuando, contando viejas historias algún alma inquieta les preguntaba que cómo se habían conocido, si alguno de los dos creyera en Dios, dirían que de un milagro, pero como no era el caso, siempre respondían que a causa de una catastrófica maravilla fruto del más impensable de los azares, y después uno de ellos empezaba a decir *Érase una vez...*



HISTORIETA
CARICATURAS
ILUSTRACIONES
TALLERES Y
MÁS...

Ferro
PRODUCCIONES
HISTORIETA 100% PERUANA

10 CENTIMOS

FERROPRODUCCIONES

Nunca más, madre...

Por: Falco Rivera





isparó con precisión. La parte superior del cráneo de la anciana reventó en pedazos, los sesos se desparramaron ingravidos en el aire y acabaron estrellándose contra los frascos y las cajas de la repisa; el cuerpo se aflojó al instante; cayó al piso con un sonido sordo y seco; la pierna izquierda tembló durante cinco segundos; de la cabeza destrozada, la sangre y los restos del cerebro se derramaron inundando la madera del suelo, empapándola del rojo fluido que pronto comenzaría a coagularse. Y un olor, entre fétido y dulzón, invadió la atmósfera del dormitorio.

Al tembloroso chico, que aún sostenía el revólver en alto, el estómago le dio un vuelco. Sintió que la bilis y el almuerzo se le agolpaban en la garganta. Cerró los ojos; respiró profundamente por la boca; bajó el brazo y volvió a respirar, esta vez por la nariz. La desagradable sensación cesó. Respiró otra vez.

“Muy bien, ya pasó”.

Abrió los ojos.

“Una masa inerte, eso es lo que eres ahora, vieja estúpida”.

Se acercó. Tocó el torso muerto con la punta del zapato y después movió el cadáver con brusquedad.

“Vieja estúpida”.

La cabeza era casi irreconocible como tal. De la nariz hacia arriba, todo era un solo rojizo, rosáceo y repugnante. La boca, abierta, dejaba ver los dientes ensangrentados y la lengua inerte, doblada hacia un costado.

“Vieja estúpida”.

Dio una fuerte patada a las costillas sin vida y el cadáver entero se estremeció por el golpe. Pensó entonces que la muerta parecía un gastado muñeco de trapo abandonado a su suerte en un charco de salsa de tomate. Eso le causó gracia. Otra patada, esta fue seguida por otra, y por otra más fuerte aún.

Se escuchó un *¡crack!*

“Le rompí la costilla.”

Impulsó su pie con violencia.

¡Crack!

“Maldita...”.

¡CRACK!

“¡Maldita vieja estúpida!”.

¡¡¡CRACK!!!

—¡¡¡MALDITA HIJA DE LA MIERDA!!!

¡¡¡CRACK!!!

Siguió pateando hasta que el cuerpo se asemejó a un costal relleno de inmundicias arqueado hacia un lado. Los duros golpes habían destrozado casi todas las costillas de aquel decadente esqueleto femenino.

“Te lo merecías, maldita”.

Apuntó el cañón del revólver hacia el estómago.

—Vieja de mierda...

Las cinco balas destrozaron el vientre y produjeron un nauseabundo collage de tripas y sangre, la cual, cuando los proyectiles impactaron en la carne senil, voló por los aires, salpicó el estante, la pared, el espejo y el rostro y la ropa del asesino.

—¡Me ensuciaste, carajo!

El grito fue acompañado de nuevos puntapiés sobre el cadáver, puntapiés que iniciaron una nueva danza de salpicantes gotitas rojas alrededor del muchacho hasta que el cansancio lo detuvo.

—Nunca más, madre, nunca más abusarás de mí...

Se arrodilló frente a ella, la contempló, cerró los ojos; luego se paró y corrió hacia el cuarto del baño. Corrió con premura y dejó caer el revólver al piso. Entró, se dirigió al lavabo, abrió la llave del agua y se mojó la cara, se la restregó con frenesí y las mal cortadas uñas de sus dedos dañaron su piel; se hizo un arañazo en la mejilla y esta enrojeció; se mojó el cabello; las uñas mal cortadas rasparon el cuero cabelludo; regresaron a la cara y de ahí otra vez a la cabeza y de nuevo a la cara y mientras esto hacía emitía pequeños balbuceos de desesperación. Cada vez lo hacía más rápido y cada vez el sonido que dejaba escapar de su boca era más alto. Cada vez más rápido, cada



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

vez más alto. Un entrecortado llanto se hizo audible. Las uñas rasgaron la carne en surcos rosáceos y pronto la sangre comenzó a correr para ser esparcida en todas direcciones. Un grito creciente empezó a escapar de su garganta. ¿Es posible que un ser humano emita un aullido como ese, más propio de una bestia moribunda que de un muchacho de veintiún años? Gritó y gritó, y sus manos se alzaron, manos rojizas, manos asesinas. Gritó con desesperación hasta que no pudo más. Entonces se quedó callado, la boca abierta, los ojos irritados casi saliéndose de las cuencas, la cara herida y sangrante, mirando hacia el techo...

Un minuto, dos, cuatro, seis, diez... Veintitrés, casi veintitrés minutos, estático, en esa absurda pose de contemplación divina.

Bajó los brazos y el rostro con lentitud.

Se observó en el espejo.

Lo había hecho.

Al fin, y para siempre, se había liberado de ella.

Nunca más, nunca más el abuso.

Ahora era libre, libre para hacer todo lo que él quisiera. Libre para salir, libre para leer cualquier cosa, para comer lo que se le antojara, para romper las reglas de la casa, para... Para conocer a las mujeres, para tocarlas, para sentir las y sentirse dentro de ellas, para disfrutar de todo aquello maravilloso que una hembra podía ofrecerle para, al fin, sentir el placer del sexo sin tener que masturbarse.

—Bruja de mierda, nunca más me lo impedirás. Ahora sí lo haré. *¡Ahora sí lo haré!*

Vio su reflejo en el espejo.

—Dios, ¿qué... me hice?

Se enjuagó las manos, se lavó el rostro, con suavidad y cuidado. Su ropa también se hallaba manchada.

—¡Ves lo que has hecho, bruja! ¡Maldita perra, mira lo que me has hecho hacer!

El grito estaba cargado de ira, ira extrema. Se sacó el polón y lo tiró al cesto de la ropa sucia. Salió a la habitación. Se sentó en el borde de la cama, mirando al vacío, sin pensar, sin moverse. Se levantó, abrió la puerta, fue hacia el pasillo y bajó las escaleras. Regresó con una botella de whisky, abierta, y un vaso. Entró, se sentó en el suelo cruzando las piernas, frente y cerca del cuerpo inerte y sangrante. Llenó el vaso hasta el tope.

—¡Salud!

El licor entró con violencia, sin parar, quemándolo todo a su paso. Cerró los ojos y apretó la boca. Volvió a llenar el vaso.

—¡Salud!

Nuevamente de un solo trago. Apretó los párpados, sintió ganas de vomitar.

—¿Ya ves qué te pasó al final, vieja? ¡Tú perdiste, cabrona! ¿Pensaste que ibas a poder conmigo? ¡TÚ *PERDISTE!*

Por un rato estuvo en silencio, mirando los despojos de su madre muerta.

—¿Quieres brindar conmigo por tu muerte? Vamos, sé buena, aunque sea estando muerta ¡por una sola mierdera vez sé buena conmigo, madre! ¿Escuchaste? “*Se buena conmigo...*”. ¿No te parece eso gracioso?

Río a carcajadas hasta más no poder. La risa era tan demencial que podía crisparle los nervios a cualquiera. Tuvo que respirar profundamente para recuperar el aliento.

—...Yo sí voy a ser bueno contigo y vas a tomarte un trago conmigo; ahora soy yo el que da las órdenes. Oh, pero qué pena, creo que no vas a conseguir tomar el whisky. ¿O sí? A ver, vamos a intentar. ¿Sabes...? Te ves mal, así con la cabeza reventada, ni ojos tienes... ¿dónde estarán? Ah, ya veo uno. Mira, lo voy a coger y te lo voy a poner. A ver. Qué pena, no se queda en su sitio. ¿Sabes...? Si lo pienso bien, creo que ahora te ves mejor que antes. Tu cabello era horrible, tu mirada también... Sí, ahora te ves mejor. ¡Pero qué descortés soy, me olvidaba de tu trago! Veamos, ¿quieres de vaso o de botella? ¿De botella? Está bien, directo desde la botella como la puta de mierda que eres. A ver, ponemos el pico en tu boca, y... ¡Hey, tienes que tragar! ¡Traga, imbécil, no embalses el licor!, ¡traga, traga! Eres una bruta, ¡cojudada de mierda! Estás tan vieja que no puedes ni pasar el líquido. ¿Y ahora cómo vas a tomar!? Pero... ¡claro, por supuesto, si tienes un huecazo en la panza! ¿Cómo no lo pensé antes? ¿De pico, no? ¡Claro! Voy a retirar esta ropa... ¡Mierda, qué asco, llena de sangre y tripas! Bueh, eso no importa, no, claro que no. Haré un espacio entre la porquería esta y meteré la botella en el hueco de tu barriga, ¿está bien? ¿Sí? Sabía que dirías lo mismo, puta de mierda. Sacamos estos intestinos. Sí, aquí, justo en el... ¡qué suerte tienes! Dentro del mismísimo estómago. Déjame que lo agarro y lo abro bien... así, eso es, *muuuuuy* bien. Toma, toma, pero no todo... ya, suficiente. ¡Salud!

Se llevó el pico de la botella, ensangrentado y con pequeñísimos rastros de piel, carne y entrañas, a sus labios y se bebió todo el whisky de golpe.

—¡Ahhh! Delicioso licor. ¿Por qué nunca quisiste que lo tomara? Cojudaza. ¡Ja-jamás me permitiste nada! ¡NADA! Siempre... tu voluntad, siempre lo que solo tú querías; nunca me dejaste libre... ¡NUNCA! “*Te quiero, por eso, deseo que permanezcas a mi lado*”, decías. ¿Y yo, y yo, ¡y yo qué...!? ¿Tu egoísmo no te hizo pensar que yo tenía necesidades como las de cualquier humano, ¡COMO LAS DE CUALQUIER HOMBRE!? Pero no, no, no. Tú lo querías todo para ti mismísima... ¡incluso *a mí*, tu-tu-tu propio hijo! Enferma... ¿¡Có-cómo pudiste a obligarme a hacer algo como *eso!*? ¡Enferma, ENFERMA! Sí, eso fuiste, obsesa... Pero-pero no más, carajo, yo... ya me libré de ti, soy li-bre, li-bre, ahora soy li-bre, carajo, y nunca jamáss volverás a prohibirme nada, nun-nun-nunca... y tampoco podrás usarme para satisfacción tu-tuya, Ya no existes, no más, ya no eres ni mierda, puta del carajo. ¡PÚDRETE EN EL INFIERNO, PUTA, PÚDRETE! Sí, allí, porque es allí a donde las bru-bru-brujas hechiceras como tú van a parar. Y pensabas que yo iba a morir jun-junto a ti, pensabass que tu muerte sería la mía también... ¡¡¡QUÉ IMBÉCIL FUISTE, CARAJO!!!

Permaneció un rato en silencio para después salir con lentitud de la habitación. Fue a su cuarto y se mudó de ropa. Bajó las escaleras. Antes de llegar a la planta inferior tuvo un mareo. Se detuvo. Respiró hondo. Volvió a bajar los escalones, con lentitud. En ese momento, el estómago entero se le subió por la garganta.

“*Voy a vomitar*”.

Respiró profundamente una vez, dos veces, tres veces. La cabeza le dio vueltas, su visión se hizo difusa.

—Voy a vomitar.

Dio un traspié y cayó rodando lo que le restaba bajar para llegar al piso. Trató de pararse, se sujetó de la perilla de una puerta.

El baño salvador.

Entró, se arrodilló frente al inodoro y vació el contenido de su estómago en una furiosa catarata de licor y comida a medio digerir que, al chocar con el agua, le salpicó la cara y el pelo.

“*Vomité*”.

Escupió todo el restante que tenía en la boca, después se la enjuagó y se lavó una cara llena de arañazos costrosos.

—Qué asco, mierda... ¿cómo voy a explicar esta cagada?

Su cabeza comenzó a funcionar como un carrusel pensando en las posibles aclaraciones lógicas para el maltratado estado de su rostro, pero no pudo pensar en más de dos de estas, pues el ejercicio mental le produjo mareos y la vista se le nubló.

Quería dormir.

Se sentía enfermo.

Salió del baño y fue a la sala, sosteniéndose en las paredes, en las mesas, en los estantes, en los sillones, en todo menos en sus piernas. Se sentó en un sofá.

“¿Qué hay... que... ha...?”

Imposible razonar con claridad. El ambiente era nebuloso, oscuro, difuso, y le invitaba a un sueño profundo y embriagador, digno del Gran Matador de Brujas en el cual se había convertido.

Quiere dormir.

—No, no, tengo... tengo que acabar...

El sueño es irresistible, inevitable. Demasiada tensión, demasiada emoción y demasiado licor de golpe, sobre todo.

Quiere dormir.

“No, tengo... tengo que...”

Mente en blanco. Párpados pesados. Ojos despidiéndose de su función visual. Flota en el aire. No es dueño de su cuerpo. Una suave brisa lo traslada por confines infinitos, conocidos y desconocidos al mismo tiempo, en medio de esa brillante y sensual oscuridad propia del olvido alcohólico. Es algo muy delicioso, demasiado agradable para dejarlo atrás.

“Hay que... que terminar...”

La irresponsable dulzura de la preinconsciencia no le permite actuar. Dormir, descansar, relajarse, insensibilizarse, olvidarse, mas...

Un ruido...

¡Un ruido que viene del segundo piso!

Se pone rígido. No más encanto, no más ilusión. Sus funciones de defensa primigenias, venidas desde quién sabe qué anónima criatura de la prehistoria, le ordenan activar todos los mecanismos necesarios para sobrevivir: ponerse en alerta inmediatamente, los músculos tensos, un flujo mayor de adrenalina, oídos prestos, ojos bien abiertos... la mirada de terror y espanto.

¡Otro ruido!

“Dios mío, no...”

Esta vez el ruido es más fuerte.

—Dios...

Con suma lentitud se vuelve hacia las escaleras. Despacio, despacito. Ella no tiene que saber que ha bajado, pues si no todo habrá sido en vano. Miedo. Su cuerpo empieza a temblar y el sudor frío comienza a manar de los orificios que pululan en toda su epidermis. Pánico. Eso es lo que siente. ¿Quién en su sano juicio hubiese siquiera atisbado, aunque fuera ociosamente, el tener que enfrentarse a un muerto y que, por lo tanto, al intentar matarlo de nuevo tal acción hubiera resultado infructuosa por cuanto a un muerto no se le puede matar, puesto que muerto está? No, no pasa, “no pasa nada...”. Con movimientos gobernados por la rigidez y al mismo tiempo temblando (curiosa combinación) se pone en pie, de cara a las escaleras. *Tiene* que ver. La tembloría es demencial. *Tiene* que ver...

—¡¡¡HIJO!!!

Trona ella detrás de él.

No puede gritar por el horror que le produce el ver a esa nauseabunda criatura, grotesca, infernal, con una masa rojiza y palpitante encima de la boca de la cual escapa una gigantesca lengua sangrienta, el cerebro derramándose por lo que quedaba del rostro, las tripas saliéndose del agujero en la panza, bailando frenéticamente al tiempo que ella-*eso* se le abalanza. Pues se le abalanza, se le va encima con un hacha entre las manos, hacha que él, dada la parálisis que sufre a causa de la tremenda impresión, no puede detener y que, así lo comprende, le parte la cabeza en dos mientras acusa un dolor indescriptible. Pero el hacha no se detiene. Una fuerza incomprensible hace posible que esta se deslice cual cuchillo en mantequilla por todo su cuerpo atravesándolo con perfección

matemática, seccionándolo en dos idénticas mitades, cortándole incluso el miembro viril de manera absolutamente equitativa, sintiendo una agonía inimaginable y al mismo tiempo un placentero estremecimiento en la entrepierna... ¡¿No es esto ridículo?!

Despertó.

El cuerpo entero temblando, el corazón agitado a más no poder, bañado en sudor y sintiendo una incómoda y pegajosa humedad caliente en sus partes pudendas.

—Putra madre...

Fue casi un suspiro, al mismo tiempo de alivio y de placer. Luego comenzó un lacerante dolor en la cabeza. Se arrepintió de haber bebido de una manera tan estúpida. Si no lo hubiera hecho hace tiempo que todo el asunto estaría terminado...

—¡Carajo, no!

Se levantó de golpe. ¿Cuánto tiempo había estado dormido? ¿Diez minutos, diez horas? Como no llevaba reloj tuvo que ir a la cocina para consultar el que se encontraba allí.

—¡Las tres y media!

No, decididamente había dormido demasiado. Dentro de dos horas comenzaría a clarear y los madrugadores granjeros del valle del Acheron se dirigirían a sus campos para iniciar las labores del día. Ciertamente, las granjas del valle se separaban entre sí por grandes extensiones de cultivos y bosques, pero nunca faltaba un idiota al que le gustase caminar o trotar (¡estúpido pasatiempo!) en el frío previo al alba. Fue a la cochera y tomó la bolsa que preparó el día anterior. Al regresar al segundo piso entró a un baño, al final del pasillo, y descargó un gran torrente de orina. Pensó en cambiarse la pegajosa ropa interior, pero consideró que no disponía de mucho tiempo. Tendría que soportar cierta incomodidad. En fin, no sería la primera vez.

Fue al cuarto de su exmadre.

Se detuvo de golpe en el marco de la puerta.

A pesar de seguir mareado, esto no le impidió el percibir algo extraño en el ambiente que lo paralizó.

No podía entrar. No podía avanzar. Sus piernas no le obedecían.

“Faltan menos de dos horas, date prisa...”

El pánico volvió a asaltarlo y el recuerdo de la pesadilla se le concentró en el estómago.

“¡Menos de dos horas, estúpido, apúrate!”

Cerró los ojos, hizo acopio de toda su voluntad y traspuso el umbral.

La rara sensación desapareció.

—Es solo el miedo.

Dejó en la cama la bolsa que recogió en la cochera. Sintió nuevas ganas de orinar. Maldijo en silencio, entró al baño de la habitación...

—Hijo, ¿por qué me hiciste esto?

...y por poco se mea en los pantalones.

“...Su voz...”

Cerró de golpe la puerta del baño y le echó seguro.

—No, no puede ser Dios, no...

Se arrinconó en una esquina y, en medio de su terror, afinó lo más que pudo el oído. Nada, no escuchaba nada. Empero no se atrevió a realizar movimiento alguno y esperó.

Ni un solo suspiro.

“Es tu imaginación”.

¡Claro, eso era! Además todavía tenía encima los efectos del whisky. Ante esa lógica, todo se hizo explicable. Eran engaños psicológicos, juegos del inconsciente que, de esa manera, le regañaba por el crimen cometido y revelaba los prejuicios existentes desde el inicio del proceso de aprendizaje e interacción humano. No era real. Su propia mente lo había fabricado. Abrió la puerta.

Todo en orden.

Tenía que actuar con rapidez.

De la bolsa sacó un viejo chaleco de cazador y una soga delgada.

Se volvió hacia el cadáver. El cuerpo ya no manaba sangre, pero descansaba sobre un gran charco rojizo, de espaldas, los brazos abiertos en cruz. El camisón de color blanco contrastaba violentamente con las rojas manchas. Percibió un desagradable olor que provenía de la mezcla entre las heridas abiertas y los desechos orgánicos del cuerpo de su madre. El verdadero olor de

la muerte. Superó el asco y se dispuso a ejecutar la penúltima fase del plan.

—Muy bien, perra, muy pronto estarás bien lejos.

Tomó el chaleco, se arrodilló en el piso y empezó a vestir el despojo humano con la prenda.

—Me voy a ensuciar de nuevo...

Pero no tenía tiempo para eso ahora. Luego se lavaría. Al terminar de ponerle el chaleco reparó en la gran herida del vientre. Debía tapparla de alguna forma para evitar que las tripas se desparramaran al momento de cargar a la muerta. Se acordó de su polón. Lo sacó del cesto del baño. Cuidando antes de introducir toda víscera fuera de lugar en el agujero del estómago, envolvió con la sucia prenda la zona abdominal de tal manera que se ejerciera una presión suficiente para bloquear la abertura. Después terminó de acomodar el chaleco y cerró la cremallera de este. Con la sogá dio varias vueltas a la zona torácica apretando con fuerza el chaleco contra el cuerpo para que así no pudiera separarse. Comprobó su obra con satisfacción.

—Ahora sí, maldita, ahora sí te irás para siempre al Infierno.

Solo un detalle. El destrozo de la cabeza. Una solución, pues si no los restos encefálicos podrían salirse. De uno de los cajones del ropero sacó un grueso gorro de lana. Tomó la materia cerebral dispersa en el piso, el único ojo que encontró, e introdujo todo en la abierta cavidad craneana. Como no ajustaba lo suficiente tomó un restante de la soguilla y dio varias vueltas a la periferia del gorro apretándolo a conciencia.

Todo estaba perfecto.

—Muy bien, mami, ya acabamos. ¿Sabes qué pareces? ¿No? Te ves como un espantapájaros.

Soltó una carcajada. En verdad, el cadáver tenía una apariencia por de más ridícula.

—Vamos, mamita, te voy a llevar a tu última morada.

Cargó con el cadáver notando la inerte pesadez del mismo encima de él. Y también se dio cuenta de una leve dureza en las extremidades superiores.

—Estás tan bien muertita que hasta te debes estar poniendo tiesa. El *rigor mortis*, ¿sabes?

Nuevas e incontinentes ganas de orinar le obligaron a dejar a la vieja muerta y entrar en el baño. Eso sí que no podía esperar. Se relajó al sentir los desechos líquidos abandonando su cuerpo. Mucho mejor.

Entonces reflexionó acerca de la rigidez que estaba adoptando el cadáver. Al cargarlo había notado que los brazos no estaban lo suficientemente flexibles. Tendría que apresurarse de verdad. No le hacía ninguna gracia la idea de llevar una tabla humana. Salió del baño.

Se quedó petrificado.

“¿i...!?”

El cuerpo, el cadáver, la muerta, la vieja, esa masa destrozada e inerte estaba tirada en la cama, en una posición casi fetal, pero con los brazos extendidos hacia él, y aquello que antes había constituido un rostro, ahora medio oculto por un gorro de lana, aparentaba dirigirle una mirada. Era como si ella le estuviera suplicando, rogando...

“Vieja maldita...”

—¡No, ya basta, basta! Es suficiente, bastarda, ¡es suficiente! ¡Qué quieres ahora, perra!
¡¡¡QUÉ QUIERES!!!

Mostrando un valor análogo al de la rata que acorralada optó por enfrentarse a su enemigo antes de ser muerta que vociferó con una violencia tal que los gritos podían escucharse fuera de la casa. Con temblorosa decisión se acercó a la cama.

—¡Qué más quieres de mí, madre, *qué* más! Es que ya no abusaste lo suficiente, con tus asquerosidades... ¡Maldita sea, perra, ya no estas aquí! Deja de jugar a las brujerías porque ya no me asustas, ¿sabes? ¡YA-NO-ME-ASUSTAS!

¿Cómo era posible que el cuerpo hubiese aparecido en la cama? ¿Cómo pudo moverse? Los muertos no se desplazan, no se arrastran, no caminan, no nada, solamente se pudren. Pero es que ella era una bruja, una hechicera al servicio de las fuerzas oscuras que habitan en lo más profundo del valle.

—¡Estás muerta, basura de mierda! ¡MUERTA...!

“Antes de ir al baño...”

Antes de ir al baño, ¿dónde había dejado el cuerpo? ¿En el piso? O... ¿en la cama? Se quedó pensando. No pudo recordarlo. ¿Dónde había sido? Paseó la mirada por todas partes tratando de encontrar un indicio para solucionar el enigma. Cerró los ojos. No podía recordar.

“¿Dónde la puse?”

Revisó todo paso a paso: entra al cuarto; deja la bolsa en la cama; va al baño, cree escuchar la voz de su madre, luego sale; saca las cosas de la bolsa; le pone el chaleco al cadáver, después el gorro; carga el cuerpo (“...cargué el cuerpo...”); lo deja para ir a orinar (“lo... dejo para orinar...”); vuelve y ve el cuerpo en la cama. Ergo, ¿dónde diablos lo había puesto? ¿En el suelo? ¿En la cama? Si lo hubiese puesto en el piso, bueno, tendría que pensar en cosas. Mas si lo había puesto en la cama, su comportamiento era el de un perfecto imbécil. Todo resultaba lógico. Era taaaaan simple. Puso el cadáver encima de la cama y después se fue a mear. Cuando regresó, el efecto del alcohol y las emociones hicieron el resto.

—Dios, qué estúpido soy.

Comenzó a reír nerviosamente, para luego tener una risa natural y que al mismo tiempo expresaba alivio.

—Jesús, José y María.

Rio con más fuerza. Se percató del revólver que estaba tirado en el piso, lo levantó y lo dejó en la repisa. Dejó de reír al ver el aún oscuro paisaje rural por la ventana.

—Mierda...

Si no apuraba la faena, la tercera parte del Plan Maestro no serviría de nada. Desde que regresara al segundo piso habían pasado unos veinte minutos. Eso le daba como hora y media.

“Tiempo de sobra”.

En menos de treinta minutos llegaría al lago. Calculó, con bastante pesimismo, invertir en la operación cincuenta minutos, con lo cual le restaría un margen de cincuenta minutos antes de las cinco treinta, hora en la que más o menos el día hacia su aparición en esta época del año.

Volvió a cargar con el cuerpo. Se lo pasó por encima de los hombros. Pesaba, sí, pero no tanto como para no poder llevarlo durante un buen tiempo. Por fortuna, él era fuerte y corpulento: el abuso de la vieja le había desarrollado la musculatura al obligarlo a realizar trabajos que exigían un gran esfuerzo físico. A ella le gustaban los hombres fuertes. Ahora era lo único que agradecía de los años pasados con la bruja. De todas maneras, el cuerpo de esta era delgado, así que cualquier persona con algo de corpulencia podía cargarlo.

Abandonó el cuarto.

Se detuvo un instante en el pasillo y aspiró profundamente.

Bajó las escaleras.

Al llegar a la primera planta se dirigió a la cocina. Por la ventana de la puerta que daba al exterior miró detenidamente hacia los campos. Aun a la luz de las estrellas, su vista era excepcionalmente notable. Nada anormal. Bastante temprano, “pero no lo suficiente”.

Salió.

La bajísima temperatura de la madrugada penetró en su cuerpo, estremeciéndolo, y sintió la totalidad de su piel resintiéndose al contacto con el frío.

“¿Cómo no me abrigué?”

Ni pensar en regresar a ponerse una chompa o una casaca. Debía apresurarse. Nuevamente escrutó por si alguien se hallaba en las cercanías antes de encaminarse hacia el lago.

Nadie.

Llenó sus pulmones al máximo.

Comenzó la marcha.

Llevaba el cadáver como un pastor lleva un cordero, arqueado en la espalda, y avanzaba a paso tranquilo sin apresuramientos. Una leve brisa movía las hojas del maíz sembrado en el campo por el cual estaba caminando. Lo hacía por una estrecha vereda de tierra. Al llegar al final de esta se encontró frente a un bosque de viejos eucaliptos, altos como edificios. Antes de salir de la seguridad relativa que le ofrecía el sembrío se detuvo un momento para asegurarse que no existieran presencias indeseadas. Volvió a tomar aire. Cuando estuvo seguro traspuso el borde del campo de maíz y se adentró en el bosque para seguir un sendero hartamente conocido, transitado solo por él a lo largo de años. Comenzó a transpirar. Sintió entonces que la brisa crecía en intensidad hasta convertirse en un viento moderado. Avanzó, avanzó, avanzó, llevando a cuestas el cuerpo de la progenitora que

halló una violentísima muerte a manos de su único hijo. Él no lo tomaba como un homicidio. Para él ese acto constituyó una venganza justa otorgada por el Dios al cual siempre le imploró el fin de esa tortura que durante años, desde la muerte de su padre, le había destrozado el espíritu.

Desde la muerte de su padre.

Recordó lo feliz que había sido antes de eso.

La lluvia le golpeó el rostro.

—¿Qué...? ¡Carajo!

Levantó la vista hacia el cielo. Estaba totalmente cubierto con nubes oscuras. ¡Lluvia! Solo eso le faltaba. Pero era un factor completamente ajeno a su control. Se enojó con el clima, pues —era inevitable— cogería un resfrío. Y de los fuertes. El viento incrementó su velocidad moviendo las ramas de los eucaliptos.

—¡Carajo, carajo, carajo!

El cuerpo que cargaba comenzó a darle problemas. La espalda le dolía a causa de la encorvada posición que había adoptado. También sentía, desde hacía unos minutos, una punzada latente en la base de la columna. Debía descansar un rato, estaba rendido y totalmente mojado.

Estornudó.

“Mierda, hay que parar...”

Vio el final del bosque.

—No, no, si ya llegué, al fin.

Respiraba con algo de dificultad. Divisó el lago oscuro detrás de los macizos troncos. Siguió adelante, apresurando el paso. Trastabilló y se fue de bruces al suelo cubierto de una hierba muy pequeña.

“¡Mierda...!”

Se escurrió por debajo del cuerpo de la vieja, que le aprisionaba la espalda. Después se dejó caer, cuán largo era, jadeando y descansando por primera vez, con la lluvia bañándole el rostro. Cerró los ojos. Notó que estaba sediento y abrió la boca para que las gotas entrasen y le refrescasen la garganta.

“Jodido trabajo”

Estaba agotado. Los músculos le dolían terriblemente y su respiración era agitada. Volvió la cabeza hacia el lago. Faltaba poco.

“Acaba de una vez”

Se levantó, estiró las extremidades y se arrodilló junto al cadáver. Al primer intento no pudo levantarlo. Después lo logró, se lo acomodó en la espalda y al incorporarse por completo un dolor en la base de la columna le hizo gritar, soltando a la vieja. No podría volver a llevarlo de esa manera.

—¡¿Por qué mierdas..?!

“Si lo arrastrase...”

Tomó el cuerpo por las piernas y tiró hacia atrás. Se movió poco a pesar de estar mojado el suelo. La superficie era demasiado irregular. Además, al jalar a la vieja sus hombros acusaron un tremendo dolor. Tenía que encontrar otra forma. Se le ocurrió que tal vez cargándola como “caballito” el resultado fuese distinto. Probó.

Arrodillado junto al cadáver lo tomó por los brazos y se lo puso encima de tal forma que el pecho de ella estaba en contacto con la espalda de él. Tiró de los brazos y se los pasó encima de los hombros, tomando con una mano las flacas muñecas, apretándolas contra sí. Inspiró aire y se irguió. Lo logró.

“¿Y que tal si...” Cuando llegase al lago y necesitara hacer la carga del chaleco no podía volver a levantarse con el cuerpo?

—¡MIERDA!

Tendría que hacerlo allí mismo.

¿Cuánto peso debería usar? Pues el máximo de piedras que todos los amplios bolsillos del chaleco pudieran cargar. De haber llegado al lago habría usado los grandes cantos rodados de las orillas. Ahora debía contentarse con las rocas que encontrara en el suelo. Estas no escaseaban y rápidamente introdujo las piedras en los bolsillos hasta que estos se llenaron por completo. Listo. Probó el peso.

—¡Uf!

De aquí en adelante no podría detenerse y tendría que caminar con mucho cuidado para no volver a tropezar.

Volvió a cargar el cuerpo, adoptando la nueva posición. Pasó los brazos sobre los hombros y apretó con fuerza las frías muñecas. Luego cogió las piernas y se las puso delante del bajo vientre, sosteniéndolas con la otra mano. A pesar del mayor peso, producido por las piedras en los bolsillos, se sintió más cómodo. Reanudó la marcha y por fin dejó atrás los últimos árboles.

Ya estaba frente al lago. El rústico muelle, como era de esperarse, estaba vacío.

La lluvia bajó de intensidad, lo mismo que el viento. Miró a la izquierda y se encaminó al muelle. Distinguió unos relámpagos a lo lejos.

Al llegar a la entrada del muelle se detuvo un instante. Faltaba muy poco para terminar. Caminó por las deterioradas vigas que crujieron a su paso. La lluvia y el viento volvieron a cobrar ímpetu y nuevos relámpagos destellaron en el horizonte, iluminando fugazmente las nevadas montañas del valle. Repasó mentalmente la última fase del Plan Maestro: caminaría por el viejo muelle hasta el fin de este; ahí la profundidad del lago era de quince metros, más que suficiente para sus necesidades dada la turbidez de las aguas que no dejaban ver el fondo; en ese lugar dejaría el “fiambre”. Recordó una película de gánsteres en la cual los “estorbos” se eliminaban poniéndoles botas de cemento y arrojándolos por la borda de un barco a las oscuras aguas de una bahía. Él, en vez de usar las Botas de Cemento, iba a usar el Chaleco Relleno con Piedras.

El crimen perfecto, el sueño de todo asesino...

“No, no el crimen perfecto, ¡LA VENGANZA PERFECTA, el sueño de todo aquel que es explotado y desea justicia!”

Las nieves eternas de las montañas del valle del Ächeron destellaron su blancura en la oscuridad cuando un relámpago se apoderó del cielo. El trueno que rugió a continuación destruyó la relativa quietud del amanecer.

La madera del muelle producía ruiditos nada tranquilizadores a su paso, crujiendo dolorosamente por los años transcurridos y el maltrato soportado. La lluvia le golpeaba el rostro, se escurría por su cuerpo y por el de la vieja muerta cuya cabeza se hallaba tirada hacia atrás, con la boca abierta. Unos cuantos metros más y llegaría al final. Sentía un gran cansancio, pero ni pensar en descansar a pesar de lo cercano que estaba de culminar con su Plan Maestro. El cuello y los hombros se le endurecieron y una nueva punzada en la columna le arrancó un gesto de dolor.

El cadáver se deslizó un poco para abajo.

—¡No!

Tiró de las muñecas y lo volvió a subir, sujetando también las piernas. Notó algo raro en los miembros, pero no era tiempo para detenerse a pensar. Era tiempo para acabar de una buena vez por todas.

Llegó al borde del muelle.

Lo había logrado, estaba al filo del triunfo total.

—Muy bien, madre, hasta aquí llegaste, vieja estúpida; al fin, carajo, al fin te irás a la mierda, a donde te lo mereces.

Otro relámpago iluminó las montañas. Segundos después se escuchó el trueno.

La lluvia creció en intensidad.

Aún con el cuerpo de su madre en la espalda se quedó quieto, esperando el siguiente relámpago, sintiendo el agua del cielo corriendo sobre él. El horizonte se abrió en un potente destello luminoso y casi de inmediato retumbó el trueno.

—¡AHORA VETE AL INFIERNO!

Soltó las muñecas de la vieja para que el cuerpo de esta cayera al suelo por efecto de la gravedad.

El cadáver no cayó.

Él se estremeció.

Hizo un movimiento con el torso. El cuerpo se quedó en su sitio, en la espalda del muchacho.

—Qué mier...

La voz le tembló.

Cogió con fuerza los brazos de la vieja y se los quiso sacar. No pudo. Estaban tiesos, duros como una piedra, cruzados sobre su pecho; lo mismo las piernas, aprisionándole el bajo vientre.

“No puede ser...”

—Dios, no...

El pánico lo inundó.

El cadáver, en su totalidad, se encontraba completamente rígido.

—Dios bendito...

Hizo toda la fuerza que pudo para librarse de los brazos y las piernas que lo sujetaban.

—¡No, no, no...!

Quiso zafarse de las extremidades de la vieja. Imposible: estaban extremadamente duras.

—¡Cristo, ayúdame...!

Comenzó a caminar sin rumbo al tiempo que trataba infructuosamente de sacarse el bulto muerto de encima. Un nuevo relámpago los iluminó esta vez y el sonido del trueno le estremeció los oídos. El cadáver parecía estar prendido del muchacho como una araña de una víctima de mayor tamaño. La cabeza tirada hacia atrás, con la boca abierta, le daba a la muerta una extraña apariencia de triunfo.

—¡Dios, ayúdame...!

Estuvo a punto de resbalar en la mojada madera. Hizo toda la presión que pudo en las tiasas extremidades, pero no cedían. Comenzó a llorar.

—No, por favor, no...

Gritaba, forzando los miembros aprisionadores, dando vueltas sobre sí mismo. Sin darse cuenta se dirigía a una de las esquinas del borde del muelle.

—¡No, no, Dios no...!

Siguió dando vueltas, caminaba sin saber en dónde ponía los pies, gritaba, lloraba; su vieja no lo dejaría, era cierto lo que siempre había dicho, *“¡es cierto, me va a llevar a la tumba...!”*, pero no, la vieja no lo podía hacer: estaba muerta, todo era un jodido accidente, un estúpido y jodido accidente.

“Sí, es eso; tengo que calmarme; cálmate, chico, cal...”

Uno de sus pies pisó el vacío, se había acercado demasiado al borde. Reaccionó inmediatamente al reconocer el peligro. Intentó recuperar el equilibrio nuevamente, pero cayó con fuerza, se golpeó el pecho contra la superficie y quedó con las piernas en el aire, a tres metros del agua. Como el cadáver ejercía una fuerza negativa hacia abajo, el cuerpo del chico se deslizó hacia atrás, acercándolo más a las aguas.

—¡No, Dios, por favor...!

Las fuerzas le abandonaban. Los brazos de la muerta, que pasaban sobre sus hombros, producían una presión insoportable. Intentó subir al muelle levantando una pierna. La rigidez de su madre lo impedía. Sus pecho perdió contacto con la madera y, horrorizado, sintió que se deslizaba al vacío. Aún tenía los brazos en la madera e hizo fuerza con el mentón apoyándolo en el borde.

—Dios, no... Te lo ruego, no ahora...

El peso de las piedras que estaban en el chaleco se hacía insoportable. Volvió a deslizarse hacia atrás.

—¡No!

Gritó. Nada podía hacer. La madera húmeda crujió y comenzó a resquebrajarse. Un relámpago iluminó la escena y el trueno la acentuó. El horror y la desesperación no le permitieron razonar. Se deslizó un poco más.

—¡Cristo!

Llorando, trató de subir nuevamente. Esforzándose al máximo no pudo subir ni un milímetro. Algunas tablas cedieron y los cuerpos se inclinaron más hacia el lago...

Entonces lo sintió.

A pesar de estar ofuscado por el pánico se dio cuenta de algo.

Los brazos y las piernas de su madre, los brazos y las piernas de la bruja, le comenzaron a apretar con fuerza.

“¡...no es posible...!”

La presión de las extremidades del cadáver se incrementaba. Entonces percibió algo más. Percibió que la cabeza, que había estado echada hacia atrás, comenzaba a moverse. Observó que la boca se cerraba. Y comprendió que en ella se empezaba a dibujar una sonrisa. Al ver esto, sus

ojos se abrieron de espanto y empezó a dar de alaridos. La cabeza de la bruja, tapada por el gorro de lana, se le acercaba. Gritó horrorizado.

Escuchó una grotesca y deformada voz.

—Nof griftes, querido, al fin, hijo mío, al fin efstaremos juntofs, juntofs para siempref.

Quiso liberarse de ella con frenético espanto. Gritó nuevamente. Las tablas cedieron, sus dedos se clavaron desesperadamente en la madera.

—¡Dios, ayúdame!

—Pero, hifjo, si aquí estoyf yo, deja que tu madref te dé un beso.

La cabeza de la bruja se dirigió hacia él. Una lengua sangrante y babosa le empezó a lamer la cara.

—¡DIOS NOOOOO...!

La cabeza retrocedió, abrió la boca mostrando unos espantosos colmillos afilados como cuchillos; se abalanzó hacia el rostro del chico, le mordió la oreja y se la arrancó de cuajo. El muchacho dio un alarido desesperado, se llevó una mano a la herida y, al perder un punto de sostén, cayó al lago, hacia la oscuridad del fondo.

—¿Otro befsio, hijitof?

Y mientras caía vio que la cabeza de su madre le sonreía y se le iba nuevamente encima.

Esta vez hacia los ojos.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia

Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

Skype: estudio.iotopia

w: <http://iotopia.net>

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

@: estudio@iotopia.net

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

La carretera oscura

Por: Julio Cevalco





bres los ojos. Pero no puedes ver. Entonces te preguntas *por qué* mientras recuerdas poco a poco que te encuentras muerto.

Se suponía que después de la muerte todo se terminaba. Se suponía que no existía ni un cielo ni un infierno para juzgar nuestras almas. Pero parece que todos estaban equivocados. El ateísmo era una farsa así como la religión, y todo lo que queda es una carretera oscura e interminable. Solo eso. Y tú. También quedas tú. Pero tú te encuentras solo. Solo y con los ojos abiertos. Pero, sin embargo, no puedes ver nada.

Te encuentras solo porque solo naciste y, además, porque solo ibas a morirte. Era lógico. Pues la soledad es una característica humana. El final era bastante predecible.

La carrera

I

A lo largo de la carretera, el viento sopla retorciéndose sobre tu piel.

«¿Dónde estoy?», te preguntas temblando, aunque no consigues dar con la respuesta.

Te encuentras en una carretera. Pero claro. ¿Qué esperabas, novato?

Te encuentras en una carretera, solo que es una carretera en el medio de la nada. Una carretera fantasma en un lugar ignoto. Los letreros con el nombre de las desviaciones han sido tragados por la oscuridad, igual que las luces laterales, las rampas y el asfalto. Una ráfaga de aire eriza tu piel y, es en ese momento, mientras te encorvas, cuando descubres que estás desnudo.

Y te avergüenzas...

El viento sopla.

Tu piel se hiela.

Te arqueas hacia adelante mientras tus rodillas tiemblan y, casi por instinto, bajas la mano para cubrirte el sexo porque es una reacción natural ante la desnudez. Pero lo único que encuentras es un pequeño bulto carnoso y, entonces, experimentas nuevamente el miedo. Porque sabes que antes, ahí abajo, había algo. Un *algo* suave y placentero. Y a veces... hasta jugoso. Sin embargo, no puedes recordar qué. Ni si tenía forma o nombre alguno.

Entonces por un instante piensas que todo es una maldita pesadilla. Una maldita tormenta. Lo único que sabes es que estás muerto y que en alguna época vivías una vida que ya no interesa.

II

Te agarras la cabeza, despacio, y transpiras al descubrir que nuevamente algo no marcha bien. Tus dedos tiemblan sobre el cuero cabelludo. Recuerdas que durante tu vida antigua pudiste ser alguien o muchas personas. Por ejemplo, un motociclista que recorre la ruta del averno, un motociclista llamado *Él*. O *Ella*, una puta, una mujer sin miedo. Sin embargo, la realidad es que ni *Él* ni *Ella* existen. El motociclista era un fantasma, y la puta, la fantasía de un enfermo. Quizás ambos nunca existieron. Quizás los rostros borrosos de los fantasmas en tus recuerdos, los fantasmas que te llaman por tu nombre verdadero, tampoco existieron porque vivías dentro de una ilusión. Y de repente te quiebras...

Sientes frío y la piel te pica.

El sonido se distorsiona a lo largo de la carretera y, descubres, de repente, que se trata de un sonido vibratorio, casi metálico. Porque lo único que recuerdas es el ruido de los metales. Las tenazas. Las cuchillas. Las voces que hacían trepidar al infinito en una época en donde todo era caos.

Un estallido.

Una noche de pasión.

Pero luego sientes un impulso que te obliga a correr. A seguir adelante. Así que le haces caso, no te cuestionas y empiezas a correr desnudo.



III

Sigue adelante.

Corre sin mirar atrás. Corre hasta que te sangren los pies. Corre. Corre. Corre...

«No puedo más... No... no puedo... Sálenme por favor... sálenme...», piensas acuclillado mientras te resbala el sudor por la sien. Te frotas los ojos empapados de lágrimas y no quieres volverte. Pero entonces te levantas. Sientes que una sombra te envuelve o que pronto te va a envolver, así que sigues hacia adelante. Continúas corriendo.

Finalmente te has detenido

IV

Eres tú. Sí. Tú. El mismo de siempre. Eres tú quien se deja caer sobre el asfalto de la carretera, de rodillas y jadeando. Sientes que el asfalto es áspero y rugoso, y entonces lloras.

Tu respiración se entrecorta. Es lúgubre. Y casi solitaria. Porque cuando te detuviste te diste cuenta de que no te encontrabas solo. De que no todo estaba perdido. De que contabas con unos cuantos amigos y, de que muchos de ellos, parecían marchar contigo.

V

Levantas la vista mientras haces visera con las manos ante los primeros haces de luz. ¿Cuánto tiempo has corrido, corredor?

«¿Cuánto tiempo?». Te repites.

Ni siquiera tú mismo lo sabes. Solo estás seguro de que has corrido más de lo que nunca pudiste. Ni siquiera la moto del motorista fantasma, un perseguido de casaca de cuero, hubiera recorrido tantos kilómetros antes de quedarse sin petróleo; ni siquiera el corazón de la puta hubiese latido tantas veces durante horas, horas y horas de sexo húmedo. Pero tu corazón sí. Tú corazón hubiese resistido mucho más tiempo que el motor de una moto o el corazón de una prostituta. Porque tu cuerpo guarda semejanzas con los cuerpos de tus recuerdos, ya que también se fabricó con carne, huesos, sangre y al interior de un útero.

Y porque también... estás seguro de que el motociclista o la mujer, sangrarían así como sangras tú.

¿Pero de dónde aparecen esos recuerdos?

Frunces el ceño y sacudes la cabeza, ya gacha, y descubres con una expresión de sorpresa que tus dedos están marcados por una sustancia oscura, que duelen y arden. Y entonces te cubres los ojos ante una luz blanca.

...

Son las luces de las linternas, corredor.

Las luces del amanecer. Así que no temas. Quítate la mano de los ojos.

«No tengo miedo», te repites, mientras apartas tus manos tal como se te ordena. Entonces los observas. Son los hombres que corrían contigo. Los hombres que sobrevivieron.

Joe el motociclista y el beso de la muerte

VI

Fue un beso el que lo mató.

Joe Harrison de Bounty, Nevada, manejaba su moto por una carretera solitaria, iluminada por paneles publicitarios de marcas de preservativos, anuncios que fallaban a favor de la legalización del aborto y, otros, que acusaban a los africanos de esparcir el virus Número Cuatro. Durante la baja edad media, el mundo había sobrevivido a la peste negra, mientras que al virus del Ébola se opuso durante el colapso de las redes de comunicación. Luego apareció la plaga de los tumores. Pero el mundo lidió con ella exterminando a las colonias que vinieron del planeta subterráneo. No obstante, el Virus Cuatro, el virus de la sobrepoblación, era un virus que se había esparcido sin que nadie lo notase y, también, sin que nadie lo notase, los humanos lo estaban eliminando.

Joe Harrison, el motorista de Bounty, sentía una comezón en los labios. Sabía que algo andaba mal con él, porque él no era como los demás jóvenes de Bounty. Joe Harrison era negro. Era descendiente de africanos y durante los últimos años de su vida la tasa de mortandad de sus coterreos había subido de manera considerable. En los desiertos de Arizona aparecían cadáveres de niños y madres, músicos de *jazz* morían durante un concierto, cada semana se encontraban cuerpos de cabareteras tras bastidores o una prostituta de cabellos zambos, muerta y desnuda sobre la cama. Pero Joe Harrison sabía que no se trataba solo de la violencia, sino de una conspiración. Era estúpido. Pero los gobiernos echaban la culpa de la sobrepoblación a todos los Hijos-del-África. Sobre todo a los *gigolós*. Las mujeres se acostaban con ellos, pero ya sabes lo que dicen, Joe, que cuando *uno* duerme con *alguien* y luego duerme con *otro*, ese *otro* duerme con aquellos con los que *uno* ha dormido.

Joe Harrison miró la carretera a través del casco de la motocicleta. El motorista sentía una comezón en sus labios gruesos, los labios que sus padres le heredaron. Joe Harrison se sentía como un perseguido por el gobierno, por una conspiración racista. Sentía que lo perseguía el mundo porque su novia era blanca, y porque antes de despedirse ella lo había besado.

VII

La policía cercaba la carretera con unos conos de plástico. La carretera era interminable y oscura, y una moto negra se había carbonizado luego de impactar con un camión cisterna. Al parecer, el conductor manejaba distraído y fue su distracción la que lo mató, porque había manejado recordando un beso.

El goce de los muertos

VIII

—En tu otra vida eras Joe —susurró el corredor—, un motociclista, pandillero y perseguido, que andaba con una joven menor de edad. Su nombre era Lorie Craine, y era hija de un político. Te mataron porque eras negro. ¿Comprendes? Ella te besó sin saber que su lápiz labial estaba compuesto por ciertos químicos venenosos, y era por eso que te picaban los labios. Mas no te engañes, muchacho, pues lo que en realidad te mató fue un accidente de tránsito. Porque entonces eras joven, estabas enamorado y eras muy estúpido. Manejabas ebrio y distraído. —La voz del corredor cesó. Era un sujeto calvo con una pistola en la mano. Un sujeto que tenía la mirada vacía mientras observaba la carretera por la ventana del helicóptero.

«Silencio...».

No... A ti te cuesta asimilar cada una de sus palabras, Joe. Te cuesta tragarte la historia de que vivías en un mundo en el que hombres mataban hombres solo por ideales políticos y religiosos, un mundo que siempre había sido así, un pedazo de mierda desde el principio. Quizá es difícil aceptarlo. Pero mira que fue difícil para todos. De repente, el corredor de la pistola se vuelve hacia ti, mientras tu vista se pierde en las luces de la brigada que rodea una maquinaria volcada en la carretera. Te rascas la frente observando a un organismo biomecánico, cercado por otros corredores. Corredores armados con lanzallamas, metrallas y corredores que hablan por radios. Una pierna, compuesta de partes carnosas y mecánicas gemía ante las llamaradas y municiones de metralletas. La pierna era un monstruo. Giganteo. Terrible y nervudo. Cubierto de granos. Y donde debía estar la ingle se retorció un torso con brazos y cabeza.

En la cultura griega, una de las culturas de los mundos llamados Mundos-violentos, esa criatura era más pequeña y se conocía con el nombre de *monóscelo* o *esciápodo*. Otros la llamaban Sombrapié, porque solían usar su pie sobredimensionado para protegerse del sol, así como si fuese una sombrilla. Pero en la Carretera Oscura los *esciápodos* eran criaturas monópodas, biomecánicas y colosas, cuyos tejidos se reproducían de manera incontrolable. Los corredores las cazaban porque era la única especie de donde podían conseguir metal, y porque el metal era importante para continuar armando la Carretera Oscura.

De pronto sentiste un golpecito en el brazo. Se trataba del corredor.

El ruido de la hélice del helicóptero era difícil de soportar, pero a pesar de eso, escuchabas lo que el sujeto calvo trataba de decirte. Los demás corredores permanecían sentados al interior de la cabina de vuelo sobre cajas de madera, jaulas con roedores y, antes de que subieras con ellos, te habían explicado que pronto tendrías que hacer un viaje hacia los Mundos-violentos, pero que ya no serías de nuevo Joe Harrison. Sin embargo, tú no querías oír sus explicaciones. Solo te interesaban tus antiguos recuerdos: los recuerdos del motorista y el de la prostituta.

—Esa fue tu vida segunda, Joe.

—Joe... —susurraste con la mirada sombría—. ¿Por qué me llamas Joe? —preguntaste a pesar de que ya sabías que ese era tu antiguo nombre. Te encontrabas desganado. Sin esperanzas. Sin embargo, fue cuando te hallabas en el helicóptero, el primer momento en que empezaste a sentirte vivo de nuevo.

—Porque ese era tu nombre —te respondió el corredor—. Eras Joe Harrison, un chico rebelde, estúpido y enamorado. Pero en tu siguiente vida fuiste una mujer que se dejaba coger a cambio de alhajas y también de drogas.

—Una prostituta. Bueno... ¿Y me cogían los hombres o...?

—Sí. —Una pausa—. Y no.

—¿Qué es lo que quieres decir? Habla claro.

—Que te cogían los hombres. Cierto. Pero a veces pagaban para que te cogieran otros.

IX

—Estamos construyendo una carretera, Lucía. Estamos construyendo una carretera que va a conectar este mundo con el otro. Pero no te esfuerces en percibirlo, cariño, que estoy hablando de una metáfora. —El empresario bebió de su copa mientras veía a través de los lentes oscuros los rojizos cabellos de Lucía Garnier, la puta de lujo que había contratado para él y para su hijo. El empresario se limpió los labios con los dedos—. Lo único que tienes que hacer es entrar a la habitación. Julien se encuentra desnudo, conectado a una máquina. El pobre fue herido mientras sus soldados se retiraban. Fueron esos malditos... Hijos-del-África. Pero yo los llamaría grandísimos hijos de puta. Por su culpa, Julien se encuentra conectado, su cuerpo se pudre, se descompone...

—No lo voy a hacer —lo cortó Lucía, decidida.

—Es mucho dinero el que te ofrezco. Solamente para que lo montes y para que me dejes ver. —El empresario se dio la vuelta y ordenó a sus matones que le trajeran un cofre de madera pulida. Cuando se lo entregaron, el empresario lo abrió, y en su interior se encontraba un trozo de metal oscuro, que era el metal con el que construían la carretera.

Lucía lo observó.

Observó cómo brillaba.

—Es una joya muy valiosa, cariño —añadió el empresario—. Si el olor a muerto te molesta, tengo un líquido que puedes untar bajo tu nariz. Entonces te garantizo que la peste...

X

Dinero fácil.

Dinero rápido.

Las mujeres son iguales en cualquiera de las edades que recorren el universo. El mecanismo es simplemente... el mismo.

Dinero Fácil.

Dinero rápido.

Y Bingo.

La carretera oscura

XI

Te encuentras en el final.

Ya has llegado.

Los corredores te han dicho que la carretera continúa construyéndose a base del metal que extraen de los *esciápodos*. Que los *esciápodos* son como animales, como la minería, y, por lo tanto, los corredores conservan el instinto cazador que define a todos los seres humanos, ese de perseguir a una especie hasta extinguirla. Un instinto dañino. E innato. Corrosivo en cierta manera. Y además has oído las historias de tu pasado: el pasado durante el apogeo de los Mundos-violentos, cuando todavía te llamabas Joe Harrison y moriste en la carretera solo por descender de inmigrantes africanos. O el otro pasado. El más divertido. Entonces te llamabas Lucía Garnier y te ofrecieron una joya por follarte a un magnate y a su hijo asesinado. El crío se llamaba Julien, y gracias a unos monstruosos científicos mantenía su cuerpo conectado a una maquinaria, en estado de putrefacción. Sin embargo, todavía podía sentir... y sintió. Sintió las cosquillas que han sentido los mortales durante cada era. El llamado placer del fornicio. El mismo adictivo placer de siempre. Pero cuando te encuentras en el mundo de la carretera... tú, Joe, y tú también, Lucía, así como los demás corredores, son incapaces de sentir. Porque son seres asexuados. Seres que pugnan por volver a los Mundos-violentos y reparar la barbarie que su raza propagó. Porque se sienten culpables. Porque, quieran creerlo o no, ambas razas se encuentran conectadas. Existe un enlace psíquico y celular que ninguno de los dos ve, porque la carretera que los une es tan oscura que incluso la Muerte se pierde. Te encuentras en el final, Joe.

Ya has llegado.

Ahora respira.

El número trece

XII

Es un salón pequeño. Se encuentra adornado con masetas de cuarzos, con plantas extraídas del subsuelo. Los corredores las llaman *Esperanzas*, porque es lo que esperan que sienta el corredor que vuelve a emprender el viaje. Ahora tú te encuentras ahí, junto a las plantas de la esperanza y una mesita en la que descansa un pequeño cofre. Lo miras. Lo observas. Es un cofre de madera que tomas con las manos y abres despacio. Entonces te sorprendes, porque comprendes a qué se referían los corredores con emprender ese viaje último. Y porque al interior hay un polvo blanco. Una droga. Cuando la aspiras por la nariz entrarás en un estado de adormecimiento. Entonces los corredores te recogerán y llevarán tu cuerpo a la carretera. Hacia un lugar seguro. Y así volverás a los Mundos-violentos. No como Joe ni como Lucía, está claro. Sino como tú. Como tú mismo. Como un estudiante. Un trabajador. O como un lector de historias. Y tu vida va a ser una vida de mierda. Porque te romperán el corazón. Porque verás morir a tus padres y tal vez a tus hijos. Porque vas a llorar, a odiar, a reír, y a amar como loco. Pero también tienes la otra opción: además del polvito se encuentra la pistola. Una pistola con trece balas en el tambor. Eso quiere decir que los corredores que han visitado esta habitación antes que tú, han optado por drogarse. Porque no hay mejor placer

que la droga. Porque la droga lo es todo, Joe, porque es una experiencia que tienes que intentar alguna vez en la vida. Cuando aspiremos unas líneas de cocaína, cuando te pinches una jeringa en el brazo y empieces a flotar como flota la muerte, entonces entenderás de lo que estoy hablando. Pero eso solo lo podrás experimentar en el momento en que decidas recorrer la carretera. En el momento justo. Y el momento justo es ahora, cuando tienes que decidir entre el polvito o la pistola.

XIII

Uno de los corredores se acercó a uno de sus compañeros. El corredor acababa de ver cómo otros dos corredores retiraban un cuerpo en brazos con dirección a la planta baja. El corredor tenía una expresión sombría en los ojos y había ordenado a sus hombres que colocaran una nueva bala en el tambor de la pistola que utilizó Joe.

Luego le susurró a su acompañante, sin quitarle la mirada de los ojos.

—Nadie quiere volver —le dijo.



Entretenimiento

Por: Luis Eugenio Panza





El señor Rivera ata la soga con un doble nudo, a la manera que viene practicando desde hace semanas, y lo pasa por la falsa viga de una manera casi profesional. Sabe que tiene solo quince minutos para hacerlo, pero no es el tiempo lo que le preocupa, sino los dos días de ayuno que le entorpecen los pensamientos, y, de manera más importante, la motricidad fina necesaria para realizar todos los pasos correctamente. No importa, piensa mientras se asegura de que tanto la soga como el nudo vayan a aguantarlo cuando se encuentre colgado y los músculos de su cuerpo se hayan relajado al grado de no poder contener lo que lleva adentro; las horas de ayuno servirán para que sus últimos pantalones no se estropeen con la mierda que gotea. Si estuviera pensando racionalmente lo que está haciendo, el señor Rivera quizás se sorprendería del hecho de que esto lo asusta más que la soga, la viga, la luz intensa junto a la cámara o los ocho minutos que todavía le quedan para inventarse un pánico escénico, pero el señor Rivera ya no piensa. Ya pensó, mucho, y hasta muchos dirían que lo hizo en exceso, pero las razones del señor Rivera ya no nos importan porque este ya colocó el banquito en su lugar y está subiendo lenta, pero dignamente al él, y no valdría la pena perderse su gran momento por razones que toneladas de psicólogos puedan desmenuzar y discutir indefinidamente cuando el señor Rivera ya no esté para escucharlas y cuando su utilidad sea equivalente a bañar los chanchos antes de llevarlos al chiquero, como el discurrir si el señor Rivera no tendría que haberse desentendido de las infidelidades de la mujer y haberse comprado un pasaje solo de ida a algún lugar medio perdido, pero todavía primermundista como la Republica Checa para empezar de cero, o alegar que la mujer del señor Rivera no se hubiera sentido tan sola y no hubiera estado tan propensa a acostarse con cualquiera si su marido hubiera tomado mate una o dos veces al día con ella, mientras esta le contase sobre la última novela de Telefe. Y podríamos seguir pensando cómo se hubiera podido evitar llegar a esto, pero ya no tendría sentido porque el señor Rivera parece haberse olvidado de lo meticuloso que siempre fue con el tiempo, para saltar y patear el banquito y, acá nos dicen, retorcerse como si lo estrujaran, un minuto antes de que se cumpliera el momento en que la gente del canal le recomendaba saltar, garantizándole mayor audiencia. Le habrán ganado los nervios, qué se le va a hacer, y tampoco hay mucho que se pueda hacer con el hecho de que los pantalones del exseñor Rivera no se hayan salvado a pesar de todos sus cuidados, quedando ahora manchados para siempre, no con la evitada mierda sino con el manchón del “coraje líquido”, o whisky Criadores medio pelo, que le dio dos horas antes el *cameraman* para que no le fuera a entrar miedo.

El director pide que corten con la boca todavía llena con una medialuna de la mesa de comida, que ya habíamos introducido indirectamente al hablar del Criadores medio pelo, cuyo menor precio le permite a la agencia de *catering* del estudio ahorrarse unos buenos devaluados pesos todos los meses. El anfitrión del programa y los cámaras parecen extáticos por la adrenalina que les causa ver que, por una vez, todo parece estar saliendo bien, y ninguno parece muy contrariado por el minuto en que se adelantó el entonces señor Rivera para convertirse en la bolsa de carne vestida de traje que cuelga de la falsa viga del techo, y hasta su mujer, viéndolo desde la cama junto al portero de su edificio, un mate y unos bizcochitos de acompañamiento, parece satisfecha, y hasta aliviada y un tanto excitada con la performance en cámara de Rivera. Le comenta al portero lo bien que estuvo su marido, y este, entre avergonzado e incómodo por haberse levantado junto a la mujer del tipo que conoce hace veinte años y se acaba de ahorcar en la tele, toma dos o tres bizcochitos y se los lleva a la boca, asintiendo de manera ambivalente. Pero volvamos al estudio, para no perdernos más cosas como pasó cuando Rivera saltó y pateó el banquito. Ahí la gente se felicitaba, aplaudía y comía, que es lo que hace la gente en un estudio de televisión cuando la cámara está momentáneamente apagada y todavía están pasando una de esas publicidades de blanqueador de ropa que involucran mujeres sorprendidas y sonrientes y que rellenan gran cantidad de tiempo, todos salvo una mujer con rasgos ensombrecidos parada de brazos cruzados al costado de una columna para que nadie la vea. La mujer no se tendría que haber tomado la molestia de empequeñecerse y de intentar desaparecer, ya que en un estudio de filmación nadie se conoce y son todos vos, pibe, boludo o señor dependiendo de la ropa que lleven puesta, más el hecho de tener seis paquetes de c4 bajo el tapado, explosivo suficiente para volar por los aires gran parte del complejo, parece haberle despertado en la mujer una necesidad de sentirse inconspicua y de levantarse las solapas del tapado como si fuera un agente secreto del cine de los cincuenta.

A todo esto, el presentador ya tomó su lugar tras el escritorio de siempre, mientras dos maquilladoras simulan arreglarle el pelo, que nunca tuvo chance de desarreglarse, ya que este se

movilizó únicamente a la mesa dulce, y de la mesa dulce nuevamente al escritorio de siempre. Al lado del muerto, porque el vocativo de señor Rivera va perdiendo relevancia rápidamente mientras el cuerpo comienza a pudrirse de a poco al contacto con el ambiente, un especialista en efectos especiales trabaja ardua y frenéticamente para incrementar la verosimilitud del cadáver que cuelga, siguiendo la máxima de que no hay nada como un poco de maquillaje y efectos especiales para que lo que se está viendo parezca real. Resultaría difícil encontrar argumentos en contra de esta posición, ya que todos y cada uno de nosotros hemos visto cientos de muertes en películas, en series, en videojuegos y hasta en propagandas de seguridad vial para saber a ciencia cierta qué es un muerto y cómo se debería ver este, y casi que no vale la pena tomar partido por un cadáver real cuando tenemos tantos ficticios que nos dan una idea tan completa sobre el tema. Pero nos encontramos nuevamente en una digresión, y es una lástima porque ya pasó la cortina musical del programa, un recorte de una hermosa adaptación en forma de tango de un tema popular desconocido llamado “Adiós a la Vida”, y el presentador ya está ahí todo sonrisas pidiendo un momento de silencio para Juan Ignacio, que aparentemente era el nombre del señor Rivera cuando estaba vivo, y preparando sus comentarios para la reproducción en cámara lenta del exhombre tomando su cuerda, pasándola por la falsa viga del techo y subiéndolo a su banquito con toda su dignidad y pateándolo un minuto antes de tiempo. La mujer del señor Rivera, o mejor dicho la exmujer del exseñor Rivera, no puede esperar de la ansiedad para ver qué tiene el presentador para decir sobre la forma en que saltó su difunto esposo, pero se lleva una decepción cuando la mujer del abrigo y los seis paquetes de c4 sube repentinamente a donde está el presentador, quien todavía sonríe y espera con impaciencia que sus pensamientos aparezcan en el teleprompter.

Esto se termina acá, dice la mujer. La del c4, porque la de Rivera no dice nada mientras ceba mate y espera que el portero salga de una buena vez del baño. Este circo se acaba acá, grita después, y, justo cuando un *cameraman* está a punto de apagar su cámara, la mujer se abre el sobretodo y el director hace señas frenético para que sigan filmando. El presentador, consciente del daño que su silencio y su amplia sonrisa fuera de lugar le pueden causar a su imagen, atina balbuceante a preguntarle a la mujer si ella es una invitada sorpresa, hirviendo de rabia interna contra la gente de producción que no son capaces de avisarle nada, ni siquiera la vez que el suicidio iba a ser en un tanque de agua, y él se debía encargar de cerrar la tapa, para que el agua no desbordara y la suicida no intentara inconscientemente subir a la superficie para respirar. Ese programa había resultado un fracaso, con él y un par de sonidistas apretando finalmente la puerta del tanque tras un suicidio fallido, y un montón de abogados buscando demandarlos a ellos y al canal, algunos por asesinato (ya que habían asistido a la muerte), y, los representantes de los familiares de la muerta, por negligencia, ya que la finada había firmado un contrato en el cual prometían un suicidio terminal al primer intento. El programa de hoy, de no hacerse nada a tiempo, parece destinado a correr una misma suerte.

De repente, la mujer explota, de ira, no de bomba, y comienza un discurso que parece practicado con mucha menos destreza que la que hubo mostrado el señor Rivera, por esos tiempos en los que estaba vivo, para hacer los nudos y tirar la soga y subirse al banquito sin olvidarse de ningún paso intermedio. Tan mal practicado fue, y tan mala oradora resulta la mujer del c4 y del abrigo abierto, que nos va a resultar imposible entenderla completamente, y solo podremos recuperar algunos fragmentos. Como el de la ola de suicidios televisivos de los setenta que se terminó cuando un camarógrafo consciente decidió apagar su cámara frente al suicida, diciéndole que si quiere puede saltar, pero que no va a salir en el noticiero de las nueve (parece que el hombre igual saltó, y no es seguro que el noticiero saliera a las nueve, cuando las ocho era generalmente el momento del noticiero). Como el de los muchos suicidios en su familia, quizás del marido, de sus hijos, y probablemente de su perro. O como el del derecho a la privacidad, seguido por un discurso algo incoherente sobre la voluntad divina de Dios, cuya omnipresencia está en directa contravención del derecho anterior, y quien no quiere que la gente se mate porque le gusta ver la tierra bien poblada y los colectivos atestados de gente.

El presentador empieza a decir algo, y el encargado del teleprompter siente el peligro y sale de su letargo para escribir en la pantalla furiosamente.

ROGÁ!!!

Pone en la pantalla, y cuando se da cuenta de que al presentador se le empieza a formar entre la lengua y el paladar superior la letra R, le agrega unos paréntesis y algo de texto, que queda en:

(ROGÁ TARADO QUE NOS MATA!!!) POR FAVOR, SEÑORA, ENTIENDO QUE ESTA PASANDO POR UN MAL MOMENTO PERO DEBEMOS DETENERNOS A PENSAR, NO DEBEMOS APRESURARNOS A HACER COSAS TOMAR ACCIONES DE LAS CUALES PODAMOS ARREPENTIRNOS LUEGO.

Tipea rápido, piensa el muerto, goteando sangre a base de kétchup, gelatina sin sabor y meo del Criadores barato que le dieron cuando todavía era el señor Rivera, y después piensa que el consejo no se aplica a él porque la pensó y repensó antes de tomar la decisión de matarse, y, porque no, hacerlo por la tele, cuando el mundo se detiene en la mujer apretando un botón, en el director masticando una factura que ya ni quiere, en el portero paralizado en el baño, en la exmujer del muerto paralizada de suspenso, y en la gente de la cabina que miran boquiabiertos, entre sorprendidos y alegres, los treinta puntos de rating que siguen subiendo.



El martes volvemos a casa

Por: Tony Jim





La colonia de Nimrod III fue claramente una colonia fallida, como en su día lo fue Nimbus III; no sé si es que el tres es un mal número para las colonias; está claro que el 13 sí. Roanoke también es mal nombre para una colonia, por cierto.

Es evidente que no todas las colonias se desarrollaban con éxito, pero el caso de nuestra colonia fue bastante penoso.

Existían también empresas que se dedicaban a vender planetas para que fueran colonizados. Y algunas de estas empresas no eran muy de fiar, ya que te vendían un planeta a priori atractivo, que luego no resultaba serlo. Para ello pintaban las plantas de verde, construían ríos artificiales, soltaban unos cuantos conejos y cosas por el estilo; no era exactamente eso lo que hacían, pero es para que se hagan una idea.

El caso de Nimrod III no fue ese; no se trató de ninguna venta fraudulenta, así que no podíamos reclamar a nadie. Quizás solo fue mala suerte.

La colonia tenía lo básico para ser habitable: atmósfera respirable, plantas, agua... Lo que ocurre es que, por ejemplo, el agua potable se agotó a los pocos meses de estar allá... Por supuesto construimos alguna que otra planta desalinizadora, pues agua salada había a raudales.

La vegetación era escasa y pobre, ya que los terrenos eran extremadamente áridos. La fauna principalmente eran molestos mosquitos... El calor abrasador, ya ven, un desastre...

Algún burócrata de la Tierra no debió hacer bien su trabajo y se falló en las previsiones.

Lo cierto es que el inicio de la colonia ya aventuraba su triste destino, pues la nave que nos trajo se dañó gravemente durante el aterrizaje, lo que impedía nuestro regreso a la Tierra.

Para colmo las comunicaciones con la Tierra resultaron imposibles y nos quedamos aislados, años y años, sin posibilidad de escape ni de pedir un rescate de ese infierno... Nosotros que esperábamos escapar de una Tierra asolada por la guerra para encontrarnos con un paraíso, nos encontramos, en cambio, con un infierno... Fue aquello de escapar del fuego para caer en las brasas...

Pero todo cambió, por suerte, a los pocos años de estar allá... Habían pasado tan solo 40 años, cuando recibimos comunicación de una nave terrestre que pasaba por la zona... ¿Qué? ¿Que 40 años les parece mucho tiempo? No sé, en aquellos tiempos las cosas se hacían con calma y las naves no eran tan rápidas como ahora. El caso es que conseguimos sobrevivir esos 40 años y entonces contactamos con una nave... Todo fue alegría desde aquel contacto, pues vimos una manera de escapar del infierno.

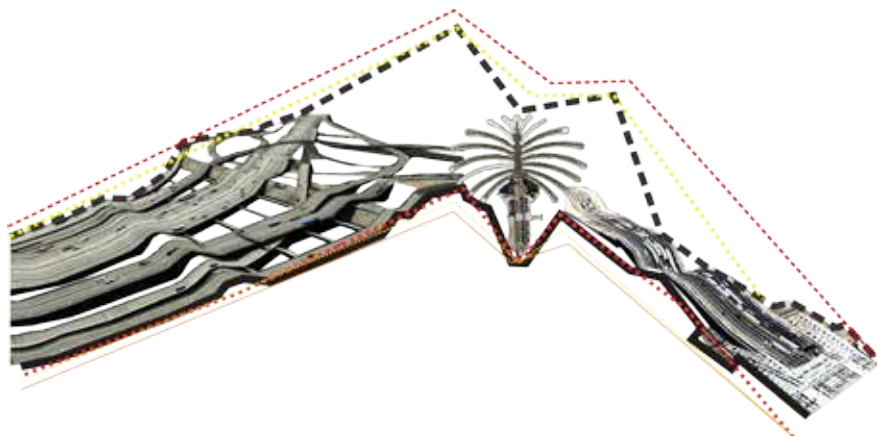
No pudimos esclarecer exactamente que hacía aquella nave por la zona, por aquello que les comenté antes de las interferencias en nuestras comunicaciones. Pero, bueno, no era una cosa importante el motivo; lo importante es que venían a rescatarnos...

Por aquello de mantener un orden y unas costumbres, seguíamos rigiéndonos por la medida del tiempo de la Tierra, así que calculábamos que el martes por la mañana ya tendríamos a nuestros rescatadores allí.

Faltaban unos días para el martes, así que tuvimos tiempo de hacer las maletas y prepararnos para la partida... Y al fin llegó el día, el martes... Fuimos todos, los ciento seis colonos, a recibir a nuestros salvadores... La nave aterrizó y salió el capitán de ella...

—¡Que alegría que vengan a rescatarnos y a llevarnos de vuelta a la Tierra!

—¿La Tierra? Me temo que no será posible, fue destruida por la guerra... Nosotros somos de los pocos supervivientes de la hecatombe y tratamos de buscar un planeta dónde refugiarnos...



La triste historia de la doctora Amelia

Por: Daniel Salvo





El resplandor del sol se reflejaba en los asteroides cercanos dándoles la apariencia de un brillante camino entre las estrellas que se perdía detrás del astro rey. Era, en efecto, una maravillosa vista, como solamente podía observarse desde el espacio exterior o desde un punto situado en el cinturón de asteroides que se encuentra entre las órbitas de los planetas Marte y Júpiter. Mientras apreciaba el majestuoso paisaje desde su cabina de vigilancia, la doctora Amelia, única residente de la nave-base Adler, notó además unos puntos oscuros a contraluz del sol que se movían en dirección de su nave-base. Otros sensores emitieron los beep-beep de alerta. Se aproximaban visitantes. Suspiró. Podría ser una jornada agotadora.

Eran los últimos días anteriores al Primer Contacto, y el espacio exterior era aún una frontera final, un ámbito desconocido hacia el cual la humanidad había vuelto los ojos buscando nuevos horizontes y oportunidades. Las sucesivas crisis económicas y climáticas por las que había pasado la Tierra no parecían dejar otra opción. Una nueva guerra fría, ya no entre ideologías o credos, sino entre distintas formas de explotación económica, fue la chispa que había reiniciado la carrera espacial. Pero esta vez no se trataba de la exploración o la aventura. La gente no quería un nuevo Armstrong ni otro Cristóbal Colón. Todos querían negocios, inversión, consumo, cualquier cosa que sacara a la Tierra del decadente marasmo en el que se había sumido durante el último tercio del siglo XXI. Antes del Primer Contacto...

Amelia inició la rutina de seguridad. Si bien la nave-base contaba con sensores y mecanismos automáticos programados para realizar dicha tarea, la científica prefería efectuarlos manualmente, con el fin de mantenerse mental y físicamente en forma. Verificó entonces que las células fotoeléctricas del generador estuviesen conectadas y limpias. Comprobó la proporción de oxígeno y demás gases que hacían respirable y acogedora la atmósfera interna de la nave-base, así como la humedad y la temperatura ambiental. La gravedad artificial estaba puesta al mínimo por razones de economía, aunque podía adaptarse a las necesidades del caso —siempre estaba presente el riesgo de descalcificación ósea, a pesar de que ya era posible controlarlo mediante un simple compuesto alimenticio añadido a su dieta— y al gusto de sus visitantes, quienes, calculó, tardarían unos veinte minutos más en llegar. Ya podía apreciarse a simple vista el diseño de la nave que se aproximaba. Se trataba de mineros japoneses de la Mitsubishi, quienes tenían por costumbre venir en grupos de tres. Verificó también que la computadora tuviera listo el programa de traducción automática. Podría ser necesario, aunque dado el austero entorno de quienes trabajaban en el espacio, existía una suerte de lengua franca universal utilizada por todos, basada en gestos, gruñidos y luces de la consola universal con la que contaban los pectorales de todos los trajes espaciales, ya fuesen los empleados por mineros, navegantes o meros turistas. Para intercambios económicos se utilizaban los digicréditos, cuya abreviatura DC era reconocida en cualquier lugar del sistema solar.

El espacio era el nuevo El Dorado para los estados-empresa que habían surgido después de las guerras económicas. Con un patriotismo basado en la rentabilidad, un concepto aprobado por el nuevo Estatuto de Relaciones Internacionales y Comerciales de Ginebra e incorporado prácticamente en todas las legislaciones del mundo, no había país cuya población no estuviera llena de ansiedad al emitirse por la HoloRed las transmisiones en vivo de los sucesivos lanzamientos de cohetes y transbordadores. Los beneficios económicos, esta vez, fueron para todos... en la debida proporción. Los países más pobres, por ejemplo, encontraron un nicho en la fabricación y mantenimiento de satélites de comunicaciones, mientras que los países ricos iniciaron proyectos de colonización permanente en Marte y la Luna, previstos desde la época en que se había descubierto la existencia de agua congelada en ambos mundos. Los pocos que cuestionaban la utilidad de habitar esas inhóspitas rocas desprovistas de vida eran prontamente acallados por la ciudadanía bienpensante. El espacio era inversión, el espacio era negocio, y eso era lo importante. Para esta nueva era, se necesitaba un nuevo tipo de ser humano. Personas especiales que conjugaran las habilidades del científico, del explorador y del hombre —o mujer— de negocios. Científicos emprendedores, astronautas de cuello y corbata, exploradoras en traje sastre.

En este contexto, nació Amelia, en algún país de América del Sur, en el seno de un hogar conservador y de ingresos promedio. Su infancia, serena y sin sobresaltos, no fue muy distinta a

la de muchas otras niñas en el mundo. Los padres de Amelia pusieron especial atención a su única hija cuando, en su décimo cumpleaños, esta decidió que estudiar y adquirir conocimientos era más importante que salir con chicos. Sus calificaciones escolares siempre habían sido excelentes, lo que producía una gran congoja a sus progenitores: sabedores del gran potencial de Amelia, sus ingresos no les permitían costearle una mejor educación. Pero si Amelia era realmente tan inteligente como parecía, entonces podrían gestionarle una préstamo-beca, aunque sabían lo que eso implicaba: la pérdida de la nacionalidad de su hija y un posible contrato de por vida con la nación-empresa patrocinadora. No importa el color, sexo o el idioma, solo enriquece, rezaba el Principio Universal que se inculcaba a todos los niños de la Tierra desde la etapa escolar. Al ser consultada al respecto, Amelia dijo que sí. Lo dijo muy seria, consciente de que tal vez nunca más volvería a ver a sus padres por el resto de su vida. Siempre estaría conectada a ellos, conectada de una manera que la humanidad no había conocido jamás en su historia, gracias a la Red Universal, la evolución de la primitiva internet que ahora ofrecía la oportunidad de transferir y sintetizar imágenes, sonidos, olores e incluso texturas. Sin embargo, debido quizá a su ascendencia y crianza bajo los estándares de la cultura latina, Amelia sabía que nada podía reemplazar al verdadero contacto entre una piel humana y otra, que nada podía imitar ese toque. No sin experimentar algo de dolor por la inminente separación, Amelia eligió la préstamo-beca. Su siguiente destino sería la Facultad de Minerología de Nueva Germania. En adelante, solo hablaría alemán.

Muy pronto, Amelia destacó entre sus compañeros de estudios. Sus padres, además del monto de la préstamo-beca, recibieron créditos extra como bonificación por su rendimiento. Además de minerología, indispensable para la explotación minera en cualquier lugar, estudió materias más abstrusas, como la novísima matemática de transmisiones, densometría básica e idiomas. Empero, no era una estudiante muy sociable. Nunca se le conoció un amigo o amiga especial. Se daba por hecho que el principal objetivo de sus contactos con otras personas era meramente académico o profesional. Al graduarse con honores, su notable desempeño y su excelente condición física jugaron en su favor: fue asignada nada menos que a la *Adler*, la primera nave de exploración y explotación minerológica producida por los neogermanos. En su calidad de única tripulante a bordo, su misión era hallar un asteroide con condiciones favorables para la prospección y explotación minera, uno del tipo M, por metálico. Un destino muy adecuado para alguien como ella. La misión fue programada para unos días después del vigésimo cumpleaños de Amelia.

El esfuerzo por poner a punto la estación había hecho sudar copiosamente a Amelia. Podía permitirse una ducha rápida, con agua auténtica y no con los estandarizados masajeadores moleculares. Sonrió sin humor, pensando en cómo se sentirían los mineros si la vieran desnuda, recién salida de la ducha, tras sus largos días en el espacio. Tenía ocho minutos. Se desvistió.



El lanzamiento de la *Adler* fue un éxito. Los animadores de la HoloRed habían hecho bien su trabajo. Los detalles técnicos de la misión apenas fueron mencionados, poniéndose en relieve otros aspectos, como el diseño de los asientos de la nave, el coste del laminado en oro de algunas ventanillas y la destacada trayectoria de la bella y exótica doctora Amelia. La *Adler* era una de las naves más sofisticadas de su tiempo, de hecho, la primera nave-base diseñada para transformarse en un módulo de supervivencia autónomo de duración indefinida. Los motores de plasma eran del diseño más avanzado, y los ambientes hidropónicos permitían la generación de aire, agua y alimentos en cantidades razonables para un solo ser humano. Y si además tenía la suerte de hallar agua en el asteroide (eran menos raros de lo que se pensaba), las posibilidades de una larga estadía en el espacio serían mayores, lo que significaría mejores ingresos para los promotores de la expedición.

La medicina de fines del siglo XXI había avanzado mucho en la previsión de las afecciones y dolencias producidas por la exposición de un cuerpo humano a las condiciones del espacio exterior. La nave-base era, pues, un lebensraum, un pequeño mundo en perspectiva, un largamente acariciado ideal de hogar en las estrellas... o por lo menos, en el cinturón principal de asteroides. Amelia imaginaba pasar el resto de su vida a solas, una mente libre flotando en el espacio, gozando de los abstractos placeres que proporcionaba la investigación científica. ¿Podía desear algo más?

Entonces, ocurrió. El Primer Contacto.

Irónicamente, fue Amelia quien detectó primero a los Intercambistas. Un enjambre de naves de procedencia extraterrestre moviéndose en el espacio, sin orden aparente, una nube de partículas en dirección a la Tierra. Tras la detección efectuada por los mecanismos de la nave, los vio por una ventanilla lateral de la *Adler*. No eran hostiles.

El Primer Contacto fue, como era de esperarse, un acontecimiento apoteósico. La humanidad terrestre tenía, al fin, la certeza de que no estaba sola en el universo, de que no era la única especie inteligente que habitaba la vastedad del cosmos. Algunos dudaron de las verdaderas intenciones de los Intercambistas. Sus regalos bastaron para acallar cualquier duda, razonable o no, de los eternos suspicaces: los Intercambistas, una suerte de mercaderes que vagaban por el espacio recopilando información, obsequiaron a la humanidad la cura para el cáncer, nuevos usos para la fusión en frío, métodos de fusión y fisión nuclear seguras, sintetizadores cuánticos, robots cuasi-autónomos, nuevas aleaciones y materiales... todo a cambio de la huella genética de toda la biota existente en la Tierra. El aún diverso ADN de la raza humana, de los animales y las plantas. Con su incomprensible tecnología, los Intercambistas registraron la composición genética de todos los seres vivientes de la Tierra entera en sus archivos. Luego de esto, el enjambre de naves abandonó las inmediaciones del sistema solar para no volver jamás.

Fue el principio de una nueva era para la humanidad. El legado de los Intercambistas — ciencia, tecnología y pensamiento— era increíblemente adaptable. En pocos meses, la Tierra se libró de la polución. Los estándares de salud se elevaron a cotas elevadísimas. Incluso las nuevas ideas filosóficas dejadas por los Intercambistas, basadas en una suerte de matemáticas comerciales, permitieron dar fin a viejas disputas y rencillas que habían infestado las relaciones humanas desde tiempos inmemoriales. Al fin en paz consigo misma, provista de una ciencia y una tecnología más allá de sus sueños, la humanidad terrestre tenía pavimentado el camino hacia las estrellas. Y estaba dispuesta a transitarlo.

Amelia fue declarada representante de la humanidad ante los Intercambistas. Algo muy curioso, si se pensaba detenidamente en ello, puesto que ningún ser humano vio jamás a ninguno de los esquivos forasteros. El Primer Contacto se realizó mediante una interfaz remota monitoreada por Amelia desde la *Adler*. Huelga decir que la interfaz, prácticamente autónoma en todos los sentidos, efectuó todo el trabajo. El papel de Amelia, bien lo sabía ella, era meramente decorativo. El intercambio de voluntades humano/intercambista siguió el orden lógico que le imprimieron las computadoras. Pero eso no era lo que le interesaba a Amelia.

Le interesaba el futuro. No el futuro de la humanidad, que su aguda inteligencia preveía como glorioso, sino su propio futuro. Tuvo acceso de primera mano a la tecnología de los Intercambistas, observó directamente las evoluciones de sus naves, analizó algunos de los obsequios que los misteriosos forasteros habían dejado a la humanidad... y comprendió que su carrera había terminado. Sus investigaciones, sus descubrimientos y sus capacidades habían descendido a un nivel que en adelante solo podría ser considerado como propio de un hipertexto escolar primario.

En la Tierra, nadie se acordaba de la *Adler*, salvo quienes estaban directamente implicados

con la misión de la nave. La nueva tecnología proporcionada por los Intercambistas demostró su utilidad apenas unas semanas de recibida. La misión de Amelia se volvió tan obsoleta como el propio *Adler*: pronto, podían obtenerse más datos de cualquier terminal informativo situado en la Tierra que de todas las mediciones y experimentos realizados en el espacio exterior. Y las nuevas naves espaciales que ya estaban en proceso de construcción hacían ver a la *Adler* como los primitivos módulos lunares del siglo XX.

Le otorgaron las condecoraciones del caso y la opción de un retiro digno, con todas las comodidades y honores que con justicia se merecía. Los más destacados representantes de la humanidad, dignatarios, científicos, artistas, le ofrecieron un exilio dorado en la Tierra, en alguna paradisíaca isla tropical. La humanidad entera le estaba agradecida.

Amelia decidió escupir en la humanidad. La humanidad que había sido su madre y ahora quería dejarla de lado. La humanidad que quería olvidarla para dedicarse a disfrutar de sus nuevos juguetes. La humanidad que en realidad ya no podía darle nada, ni reconocimiento ni una razón para vivir en medio de la misma.

Amelia lo rechazó todo. Únicamente solicitó, dejando atónitos a sus patrocinadores, que la *Adler* pasara a ser de su propiedad. Y que la dejaran asentarse sola en algún lugar del cinturón de asteroides.

La humanidad aceptó, pensando que se trataba de un capricho más de la brillante doctora Amelia, una decisión propia de una científica tan connotada como seguramente excéntrica. Amelia y la *Adler* adquirieron cierta celebridad... hasta que se supo la verdadera naturaleza de las actividades a las que se dedicaba la célebre científica.

Amelia instaló la nave-base en las inmediaciones de un asteroide carbónico. Su trayectoria le proporcionaba una visión única del espacio, el sol y la misma Tierra. Las instalaciones de la *Adler* que permitían su subsistencia funcionaron a la perfección, de manera que la misión programada acabó por realizarse. La humanidad la dejó en paz por un buen tiempo, hasta que alguien quiso hacerle un reportaje en vivo. Y lo que se supo de Amelia fue demasiado, incluso para la aparentemente evolucionada, frívola y desprejuiciada humanidad: se reveló que la doctora Amelia utilizaba su nave-base como una suerte de burdel, y ofrecía su cuerpo y sus caricias por una suma irrisoria a cualquier astronauta o explorador que se lo solicitara. De la brillante científica apenas quedaba el recuerdo: ahora, Amelia era famosa por ser la única prostituta que ejercía el oficio en el espacio exterior. Porque Amelia sabía que ninguna tecnología podría reemplazar lo único que ella aún podía ofrecer en el frío espacio del sistema solar: el contacto *carнал* humano.

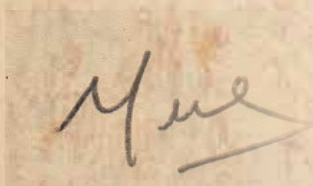
Entonces, la humanidad entera decidió olvidarla. Su nombre y su imagen desaparecieron de la HoloRed. Se difundió otra historia del Primer Contacto. En menos tiempo del que podría esperarse, prácticamente nadie sabía —nadie quería saber— quién era o qué hacía la doctora Amelia. Incluso hay quienes afirman, con vehemencia, que jamás existió, o que la verdadera Amelia pereció en el transcurso de una misión, heroicamente consumida en la misma explosión que había acabado con la *Adler*...

Sus clientes —Amelia prefiere llamarlos visitantes— saben que eso no es cierto.

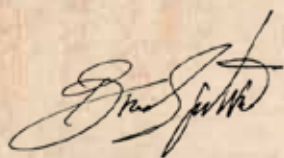


muro de Honor de los colaboradores

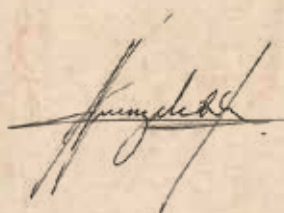
aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



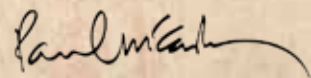
Manuel Arboccó de los
Heros



Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú

“estoy siendo fiel a una forma de vida que todavía no está aquí, pero es más real”



ALICE B. SHELDON // JAMES TIPTREE
(1915 -1987)

Escritora, artista gráfica, crítica de arte , doctora en sicología experimental, feminista y abiertamente bisexual. Fue la primera mujer que escribió ciencia ficción y para ello utilizó un seudónimo de hombre; además de incorporar temas de género y críticas sociales al respecto en esta rama de la literatura

YO SOY La Malcriad 